

Traducción comentada de un fragmento  
de *Tonight I'm Someone Else*  
de Chelsea Hodson

Autora

LIDIA RECASENS CARRASCO

Tutora

Inés García López



MÁSTER EN TRADUCCIÓN PROFESIONAL  
UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI  
TARRAGONA, 2021

### **Declaración de autoría**

Yo, Lidia Recasens Carrasco con documento de identificación 48008343-Y, declaro que

(i) este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecen debidamente citadas.

(ii) entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus [indicaciones al respecto](#).

Lidia Recasens Carrasco

2021

Firma

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Lidia Recasens Carrasco', written in a cursive style. The signature is enclosed within a large, hand-drawn oval shape.

# Índice

1. Introducción .....	3
1.1. Objetivos .....	3
1.2. Justificación y motivación.....	3
1.3. Estructura .....	4
1.4. Metodología .....	4
1.5. Autora y obra.....	5
2. Encargo de traducción.....	7
2.1. Texto original .....	7
2.2. Presupuesto .....	8
2.3. Traducción.....	8
2.4. Factura.....	9
3. Reflexión sobre la traducción.....	10
3.1. Presupuesto, factura y valoración del rendimiento .....	10
3.2. Herramientas del proceso de traducción .....	11
3.3. Problemas de traducción .....	14
3.3.1. Localización y adaptación cultural.....	14
3.3.2. Cursivas y comillas .....	17
3.3.3. Traducción del gerundio.....	20
3.3.4. Traducción del polisíndeton y otras figuras literarias .....	21
4. Conclusiones .....	24
5. Anexo .....	26
5.1. Texto original .....	26
5.2. Texto traducido .....	53
6. Bibliografía .....	82

# 1. Introducción

El presente trabajo consiste, por un lado, en la traducción del inglés al español de un fragmento de la colección de ensayos *Tonight I'm Someone Else* (2018) de la escritora estadounidense Chelsea Hodson. Y, por otro lado, en la elaboración de un comentario crítico donde se reflexiona sobre todo el proceso de traducción.

## 1.1. Objetivos

Los objetivos del trabajo son: 1) llevar a cabo la simulación de un encargo de traducción especializada y realizar todos los pasos del proceso desde una perspectiva profesional; 2) elaborar una traducción lo más fiel posible al texto original; 3) redactar un comentario que describa el proceso de traducción, las dificultades que han surgido y las decisiones que se han tomado para solucionarlas; 4) hacer uso de los conocimientos adquiridos a lo largo del máster para la elaboración del propio trabajo y la resolución de los problemas de traducción.

## 1.2. Justificación y motivación

La traducción literaria es una de las especialidades que más me interesa y de las que más he disfrutado a lo largo del máster. Por este motivo, durante la primera fase del TFM, que simulaba un proceso de búsqueda de trabajo, me presenté a la oferta de la editorial *Literatranslate* para traducir obras de autoras contemporáneas y finalmente fui seleccionada. El encargo de la editorial era traducir un texto de estas características y de alrededor de 10.000 palabras.

Decidí traducir tres ensayos de la autora Chelsea Hodson: *Red Letter from a Red Planet*, *Simple Woman* y *The New Love* de su colección *Tonight I'm Someone Else*, ya que encajaban perfectamente con los criterios de la editorial, pero también porque cumplían un requisito que me motivaba mucho personalmente, el hecho de que la autora no hubiera sido traducida nunca al español. Esto me parecía un reto y una gran oportunidad para recrear el universo de la autora en un nuevo idioma sin la influencia de traducciones anteriores.

También me interesaba mucho el género literario y el estilo particular de esta obra. Los textos son ensayos narrativos con un elevado grado de abstracción y con un

componente estético notable. Hodson utiliza muchos recursos retóricos y tiene una preferencia por las oraciones coordinadas copulativas que le da a su prosa un ritmo ágil y espontáneo. Todo esto apuntaba a que el texto conllevaría problemas de traducción muy interesantes y que resultaría muy enriquecedor el reto de resolverlos dentro del contexto de este trabajo de fin de máster.

### **1.3. Estructura**

El trabajo se divide en dos partes principales: la traducción y su comentario. La primera parte es el encargo de traducción que contiene el presupuesto, el texto original, la traducción y la factura. La segunda parte del trabajo empieza con el comentario sobre la elaboración de la factura y el presupuesto, la relación con el cliente, la gestión del tiempo y la rentabilidad del encargo; y después se describen las herramientas TAO y todos los recursos utilizados. A continuación, se comentan las dificultades que han ido surgiendo en la elaboración de la traducción y cómo se han resuelto. Los principales temas que se analizan son: la adaptación cultural del texto, la traducción de los gerundios, el uso que hace la autora de la cursiva y las comillas, y la traducción de las figuras literarias que aparecen en el texto. Por último, encontramos las conclusiones finales realizadas a partir de una valoración general de todo el proyecto, teniendo en cuenta los objetivos planteados, el proceso y los resultados finales.

### **1.4. Metodología**

Este trabajo de fin de máster tiene un carácter práctico, es decir no es un trabajo teórico académico, sino que consiste en una simulación de una traducción profesional real y se construye a partir de la propia experiencia de trabajo. En la primera parte del trabajo los pasos que seguí fueron: seleccionar un texto adecuado para traducir que se adaptara al encargo de la editorial, preparar el presupuesto, realizar la traducción y la factura. Durante este proceso me serví especialmente de todos los conocimientos que he ido adquiriendo a lo largo del máster y de los recursos que nos han proporcionado en las distintas asignaturas.

Para la traducción, primero leí el texto detalladamente para comprenderlo lo mejor posible, familiarizarme con el estilo de la autora, y empezar a identificar los posibles problemas de traducción y otras cuestiones interesantes para comentar en el trabajo.

Durante la traducción fui clasificando los problemas que aparecían y me serví de diccionarios y guías de estilo, entre otros recursos, para ir resolviéndolos. Para el comentario de la traducción repasé todo mi proceso de trabajo para analizar los problemas encontrados y justificar adecuadamente las soluciones propuestas en cada caso. Y finalmente, para las conclusiones, realicé una evaluación crítica de las dos partes.

### **1.5. Autora y obra**

Chelsea Hodson es una joven escritora estadounidense autora de la colección de ensayos *Tonight I'm Someone else* (2018). Obtuvo su Máster de Bellas Artes en el Bennington College (la Universidad de artes liberales en Bennington, Vermont) y le concedieron la beca universitaria para escritores noveles «Emerging Voices Fellowship» del PEN Center USA. Actualmente es profesora en el Bennington College y cofundadora del taller de escritura «Mors Tua Vita Mea» que tiene lugar cada verano en Italia. Sus textos han sido publicados en revistas como *The New York Times Magazine*, y recomendados en medios como *The Washington Post*, entre otros.

Uno de los temas centrales en *Tonight I'm Someone Else* es la experiencia de la mujer en la América contemporánea. Hodson explora cuestiones como la identidad, el deseo, la amistad o el éxito, a partir de experiencias cotidianas atravesadas inevitablemente por las dinámicas del capitalismo y la cultura americana. La autora cuenta en varias entrevistas la importancia de las relaciones de producción en su obra y como inesperadamente sus experiencias laborales acabaron revelándole realidades inesperadas que la inspiraron a escribir:

«How am I going to pay my bills? How am I going to do this? I never thought about these jobs as anything beyond a means to an end, but they ended up informing so much of my life and even my relationship with my body. That's kind of a wild thing that a job can inform that for you, but working in retail really did make me think about my body in a totally new way. I had to work those jobs to come to the ideas that I was having in my writing.» (Hodson en *The Creative Independent*, 2018)

*Tonight I'm Someone Else* está dividido en dieciséis partes o capítulos, catorce de los cuales son ensayos narrativos. Los dos restantes, *The end of longing* y *Halfway out the door*, consisten en una serie de pequeñas reflexiones relacionadas con los temas

principales de la obra. En el primer ensayo de la obra, *Red letters from a red planet*, Hodson escribe sobre el año que trabajó como becaria en la NASA y sobre la relación que mantuvo entonces con un joven pandillero. Entrelazando hábilmente el viaje a Marte de la sonda espacial Phoenix y su propio viaje al mundo de su amante, la autora comparte los detalles y sensaciones de ambas aventuras mientras reflexiona sobre las motivaciones y los apegos del ser humano; tan importantes en lo íntimo y personal como insignificantes desde el espacio. Éste es el primer ensayo de la colección y el que marcará el tono para el resto del libro. A partir de aquí, empieza un recorrido por diferentes momentos de la vida de la protagonista que irán conformando su identidad a la vez que la obligarán a enfrentarse a ella misma.

En otro de los ensayos, *Near Miss*, nos describe un peligroso juego al estilo de la ruleta rusa y el significado que cobra para la autora en mitad del caluroso verano, onírico y liminal, que separa el fin del instituto y el principio de una nueva vida. *En I'm only a thousand miles away*, la autora vuelve a su infancia recordando su obsesión por los Back Street Boys, a la vez que examina el componente emocional y afectivo del fenómeno fan. En *Swollen and Victorious*, Hodson trata el tema de la violencia armada, del racismo y del privilegio en el escenario de un juicio de un hombre acusado de matar a tiros a otro en la frontera con México. Estos son algunos de los principales ejemplos de las temáticas, los procesos de pensamiento y las relaciones establecidas por Hodson a lo largo del libro.

Las experiencias que narra la autora corresponden a las de una mujer joven blanca de clase media, una posición privilegiada sobre la que también reflexiona y hace evidente frente al lector: «Girls like me—we get to choose when and where to look. We get to choose for how long and when to turn away—that's the real privilege».

## 2. Encargo de traducción

El encargo de traducción que se ha simulado para este trabajo está basado en la oferta de la editorial inglesa *Literatranslate* para la traducción al español de textos de autoras contemporáneas.

Encargo de traducción	
Textos	<i>Red Letters from a Red Planet</i> <i>Simple Woman</i> <i>The New Love</i>
Autora	Chelsea Hodson
Idioma de partida	Inglés (EN-us)
Idioma de llegada	Español (ES-es)

El encargo consiste en la traducción al español de los textos *Red Letters from a Red Planet*, *Simple Woman* y *The New Love*; tres ensayos cortos que forman parte de la colección *Tonight I'm Someone Else* de la autora estadounidense Chelsea Hodson. La traducción se realiza al español peninsular para el mercado literario español y va dirigida a un público general adulto interesado en la literatura contemporánea de no ficción.

El principal objetivo de este encargo es producir una traducción del texto original tan fiel como sea posible, tanto a nivel de contenido como de forma, a la vez que se realizan las adaptaciones necesarias a nivel lingüístico y cultural, para que el texto en español sea a su vez natural e idiomático. Para ello deberemos intentar mantener siempre el lenguaje coloquial y cercano de la autora, así como su estilo abstracto y poético, y evitar en la medida de lo posible recurrir a las notas al pie para especificar aspectos de la traducción.

### 2.1. Texto original

Ver anexo página 27.

## 2.2. Presupuesto

NIF 48008343-Y

c/ Portalada, 10

43893 Altafulla

Tarragona

+34 679 690 008

lidiarecasens@gmail.com



**LIDIA RECASENS**

translation & localisation

QUOTATION #03/21

15/02/2021

**Contact name:** Inés García

**Client:** Literatranslate

**Address:** 36 Lorem Road  
SE04 1LY, Lorem  
Ipsum

**Project:** Fragments of *Tonight I'm Someone Else* (2018) by Chelsea Hodson

**Language:** English > Spanish

**Due date:** 21/05/2021

Description	Volume	Price	Pages	Cost
Translation of 3 essays from <i>Tonight I'm Someone Else</i> by Chelsea Hodson ( <i>Red Letters from a Red Planet</i> , <i>Simple Woman</i> and <i>The New Love</i> ).	11,130 words (58,475 characters with spaces)	12€ per page (2100 characters with spaces)	27,8	333,60 €
			<b>TOTAL</b>	<b>333,60 €</b>

**Observations:** The final cost will be calculated according to the final number of characters/pages in the target text. The translation will be delivered in a Word document.

**Payment terms:** 30 days after invoice date. Payment can be made by bank transfer to the following account IBAN ES79 0000 0000 0000 0000.

**Date and signature of acceptance:**

## 2.3. Traducción

Ver anexo página 53.

## 2.4. Factura

NIF 48008343-Y  
c/ Portalada, 10  
43893 Altafulla  
Tarragona

☎ +34 699 690 008

✉ lidiarecasens@gmail.com



INVOICE #03/21

21/05/2021

**Bill to:** Inés García  
Literatranslate  
36 Lorem Road  
SE04 1LY, Lorem  
Ipsum

**Project:** Fragments of *Tonight I'm Someone Else* (2018) by Chelsea Hodson

**Language:** English > Spanish

Description	Volume	Price	Pages	Cost
Translation of 3 essays from <i>Tonight I'm Someone Else</i> by Chelsea Hodson ( <i>Red Letters from a Red Planet</i> , <i>Simple Woman</i> and <i>The New Love</i> ).	11,792 words (64,989 characters with spaces)	12€ per page (2100 characters with spaces)	30,9	370,80 €
<b>TOTAL</b>				<b>370,80 €</b>

**Payment terms:** 30 days after invoice date. Payment can be made by bank transfer to the following account IBAN ES79 0000 0000 0000 0000.

### 3. Reflexión sobre la traducción

#### 3.1. Presupuesto, factura y valoración del rendimiento

Para la elaboración del presupuesto me basé en algunos modelos que habíamos visto en otras asignaturas del máster como «Gestión del Negocio» y «Traducción Literaria». De este modo, me aseguré de incluir toda la información necesaria sobre el traductor, el cliente y el mismo presupuesto (nombre, dirección, número de identificación fiscal, datos de contacto, número de presupuesto, fecha del día y fecha de entrega, descripción del proyecto, especificación de la combinación de idiomas, detalle del proyecto y precio estimado). También incluí los términos de pago y una nota de observaciones en la que se detalla el formato de entrega de la traducción y se informa de que el coste real de la traducción dependerá del número final de caracteres/páginas del texto traducido.

En traducción literaria, el precio se suele calcular por página holandesa (que equivale a 2100 caracteres sin espacios) y así lo reflejé en el presupuesto. A la hora de decidir el precio por página recurrí otra vez a los apuntes de «Traducción Literaria» y realicé varias búsquedas por internet, consultando opiniones de traductores literarios en foros como *Proz.com* y en varios blogs de traductores profesionales como *lalunadebabel.com* o *traduversia*. En general, la información de todas las fuentes era bastante similar y el rango de tarifas que mencionaban iba aproximadamente desde los 8 hasta los 15 euros por página holandesa. La mayoría de traductores coincidían en que lo más común era cobrar entre 10 y 12 euros por página.

Por otro lado, intenté hacer una aproximación del tiempo que me iba a llevar la traducción. Según vimos en el máster, y por lo que he encontrado en varios foros de traductores, se calcula que un profesional puede traducir entre 2000 y 3000 palabras al día dependiendo de la complejidad del texto y de su especialidad. El texto de la traducción que aquí nos ocupa tiene 11.130 palabras (27,8 páginas) lo que, traduciendo 2000 palabras al día, equivaldría a 5 días y medio a jornada completa (44 horas). Con este cálculo aproximado y aplicando la tarifa de 12 euros por página, saldría aproximadamente a 7,5 euros la hora de trabajo (aproximadamente el salario mínimo interprofesional). Después de considerarlo bastante decidí mantener este precio porque me pareció el más realista teniendo en cuenta las tarifas del mercado, pero me parece un precio bajo y poco rentable para mi velocidad de trabajo actual.

Una vez terminada la traducción hice la factura con el número de palabras finales del texto traducido que fueron 11.792 (30,9 páginas) por un precio total de 370,80 euros. Para la factura también consulté los materiales de la asignatura «Gestión del Negocio» para incluir toda la información necesaria. En este caso la factura no contiene IVA ni IRPF ya que está dirigida a una empresa extranjera. Si fuera a una empresa española debería añadirse solamente el IRPF ya que al ser una obra literaria sujeta a derechos de autor no se aplica el IVA.

### **3.2. Herramientas del proceso de traducción**

Para la traducción del texto utilicé Matecat, una herramienta TAO en línea y de código abierto. Mi decisión se basó principalmente en criterios de compatibilidad y de flujo de trabajo. Actualmente trabajo con un ordenador Mac y desafortunadamente no es compatible con algunas de las herramientas más utilizadas en traducción profesional como SDL Trados Studio o memoQ. En cambio, Matecat, al tratarse de una herramienta basada en la web, es accesible desde cualquier navegador y desde cualquier sistema operativo. Además, soporta una gran cantidad de formatos; permite trabajar con glosarios y memorias de traducción; e integra funciones de post-edición, control de calidad y gestión de la productividad. Por estas razones, Matecat ha sido la herramienta que más he usado a lo largo del máster y con la que me ha resultado más cómodo trabajar.

Matecat proporciona una traducción automática del texto basada en su servidor MyMemory, en el servidor comercial de Google Translate, así como en otras memorias de traducción y glosarios que podemos seleccionar y conectar o subir al programa. En mi caso, no utilicé ninguna memoria ni glosario que hubiera realizado previamente ya que el texto no lo requería, sino que fui creando y actualizando la memoria y el glosario a medida que iba traduciendo. Respecto a la traducción automática, es posible desactivar esta opción, pero me parecía interesante, dentro del contexto del TFM, ver como el motor traduciría un texto de este tipo, ya que la traducción automática aplicada a la literatura también es un tema que hemos tratado a lo largo del máster.

Aunque se han producido grandes avances en los últimos años, especialmente con el desarrollo de la traducción automática neuronal, los textos literarios tienen una serie de características que a menudo resultan incompatibles con la traducción automática. Las figuras retóricas, los juegos de palabras, el humor o la ironía son aspectos formales y semánticos que un ordenador no siempre puede interpretar correctamente y que

requerirán la intervención de un traductor humano que pueda comprender y trascender los significados. Algunos autores como Youdale, Toral y Way (en Serrano, 2020) demuestran estas carencias en sus investigaciones e introducen la idea de utilizar los resultados de la traducción automática, no como un texto para post-editar, sino como otro recurso de traducción. Y aseguran que si se emplea correctamente a modo de sugerencia puede suponer un buen apoyo para el traductor literario (Serrano, 2020).

Mi experiencia con este trabajo ha coincidido con lo que comenta Serrano en su artículo. La traducción automática proporcionada por Matecat presentaba carencias sobre todo a causa de su literalidad y también produjo errores importantes en la traducción de los tiempos verbales. Así pues, en la mayoría de fragmentos tuve que realizar cambios importantes para producir una traducción adecuada y equivalente al original. Por ejemplo, Matecat tradujo «Red Letters from a Red Planet» como «Letras rojas de un planeta rojo» cuando el texto en realidad se refiere a «letters» como «cartas». O la frase «As the lander sailed through space, the team assembled at a warehouse in Tucson and waited» que el motor tradujo por «Mientras el módulo de aterrizaje navegaba por el espacio, el equipo se reunió en un almacén en Tucson y esperó», en la que aparecen problemas con los verbos y la terminología. La frase finalmente fue traducida por «Mientras la sonda navegaba por el espacio, el equipo se reunía en un almacén de Tucson y esperaba».

También es cierto que en algunas ocasiones la traducción automática resultaba útil como apoyo, por ejemplo, agilizando algunos procesos de traducción más mecánicos como puede ser el formato de las fechas o cuestiones de este tipo. «On May 25, 2008, we all gathered in the operations center» fue traducida automáticamente por «El 25 de mayo de 2008, todos nos reunimos en el centro de operaciones».

En mi experiencia con la traducción del texto literario de Hodson, las principales ventajas de usar Matecat tienen que ver sobre todo con la optimización del flujo de trabajo. Por ejemplo, el hecho de que el texto original se muestre dividido en fragmentos y sin formato facilita que podamos concentrarnos solo en la traducción y evita que se nos olvide traducir alguna frase por error, lo cual resultaría más fácil en un documento de Word. El corrector ortográfico y las etiquetas que se copian automáticamente del texto original al traducido también ayudan mucho a evitar errores ortotipográficos y a mantener el formato del documento original sin tener que replicarlo nosotros mismos manualmente. Además, si el programa detecta algún error de este tipo, como una etiqueta mal colocada, un doble espacio o una falta de ortografía, aparece un aviso que nos permite identificarlo rápidamente.

El *software* también nos muestra en todo momento el porcentaje de texto que hemos traducido en la parte inferior de la página, lo cual es una manera muy rápida de controlar el tiempo que le estamos dedicando a la traducción y calcular cuanto nos queda. Además, si lo deseamos también podemos acceder a estadísticas más concretas que nos muestran los tiempos que dedicamos a cada fragmento de texto. Todo esto nos puede ayudar a gestionar el trabajo, a organizarnos mejor y a ser conscientes de la rentabilidad del proyecto de una forma muy fácil e intuitiva.

Durante la traducción también utilicé otros recursos para resolver cuestiones semánticas y gramaticales como el diccionario Merriam-Webster, el diccionario bilingüe inglés-español de Collins, la web *thesaurus.com* (para consultar sinónimos en inglés), el diccionario de la RAE o el buscador de dudas de la fundación del Español Urgente *fundeu.es*. Para el vocabulario relacionado con la NASA, el espacio y las distintas partes de la sonda espacial Phoenix que aparecen en el texto, consulté Wikipedia y busqué diversos artículos y noticias de medios fiables como la *BBC* o *El País*. En este sentido, también consulté algunos glosarios de terminología relacionada con el grafiti y otros recursos para comprender y traducir mejor la jerga de los grafiteros y el lenguaje más informal como *urbandictionary.com* y *tureng.com*, un diccionario y un corpus bilingüe respectivamente que contienen muchas expresiones informales y coloquiales. Para las cuestiones más formales y más relacionadas con el estilo poético y abstracto de la autora, recurrí al diccionario de colocaciones del español DiCE y sobre todo al Diccionario de Ideas Afines, que fue sin duda el que más consulté y el que más me ayudó en este aspecto.

Uno de los inconvenientes que he encontrado respecto al uso de las herramientas TAO para textos literarios, es que la segmentación en frases hace que se pierda la perspectiva global del texto. No se distinguen los párrafos ni los cambios de página, ni si el texto tiene algún formato especial. En este sentido, obviar el contexto de las frases puede tener consecuencias en la traducción de su significado. Por eso, al terminar la traducción, decidí hacer la revisión en Word para poder trabajar con el formato original. Esto me facilitó el proceso de revisión proporcionándome una idea más completa de la forma definitiva del texto con respecto a su contenido. Para la revisión final utilicé la herramienta «leer en voz alta» de Word, que personalmente me resulta muy útil para identificar pequeños fallos que se escapan a la vista después de haber leído el texto tantas veces.

### 3.3. Problemas de traducción

A continuación, clasificaremos y comentaremos las dificultades de traducción más relevantes que han surgido durante el trabajo y veremos como se han resuelto en cada caso. En general el texto es bastante complejo por lo que hemos seleccionado tan solo aquellas cuestiones más significativas y que más se repiten a lo largo de la obra.

#### 3.3.1. Localización y adaptación cultural

La cultura de la lengua de partida suele ser un factor relevante en los textos literarios y debe ser considerado a la hora de la traducción para decidir en que medida es necesario (o no) adaptar el texto a la cultura de la lengua de llegada. Esto implica que el traductor debe conocer lo mejor posible la cultura extranjera para entender bien de qué se está hablando y tomar la mejor decisión en cada situación. Los ensayos de *Tonight I'm Someone Else* tienen como telón de fondo el país natal de la autora, Estados Unidos, y en ellos aparecen numerosas referencias a su cultura. Detalles que sirven para caracterizar el texto, que nos ayudan a sumergirnos en su universo y que podemos ordenar básicamente en dos categorías: las unidades de medida y los nombres propios.

##### a) *Unidades de medida*

Desde el principio Hodson introduce muchas unidades de medida en el texto, lo que me llevó a reflexionar sobre si este tipo de palabras debían ser simplemente traducidas o también localizadas, es decir convertidas a las unidades típicas de la cultura española. Intenté encontrar una solución que mantuviera al lector inmerso en el contexto original de la obra, pero que, a la vez, le permitiera llevar a cabo una lectura fluida del texto sin tener que detenerse a hacer cálculos para poder comprender bien la información que aparece en el libro. Después de debatirlo con la editora, acordamos que el criterio a seguir sería adaptar tan solo aquellas medidas que no sean fácilmente identificables para la población general adulta hablante de español peninsular, que es el público al que va dirigido el libro. Así pues, unidades como «feet», «pounds» o «miles» han sido adaptadas para que el lector se haga rápidamente una idea de las cantidades que se están mencionando. En estos casos también se han convertido las cifras que acompañan a estos valores, y se han redondeado para que suene más natural, ya que, por el tipo de texto,

además del criterio estético, hemos decidido priorizar la fluidez y la claridad. A continuación, vemos algunos ejemplos en la tabla 1.

Tabla 1

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	that was just how I moved from one place to the next <b>in ninety degrees.</b>	así era como me movía de aquí para allá <b>con treinta y cinco grados</b> a la sombra.	p. 54 párrafo 1
2.	Cody's earlobes were long and saggy and had holes the size of <b>quarters</b>	Cody tenía los lóbulos de las orejas largos y caídos, con agujeros del tamaño de <b>una moneda de veinticinco centavos</b>	p. 55 párrafo 4
3.	The lander was getting closer after its nine-month, <b>140-million-mile journey</b>	La sonda estaba a punto de llegar después de un viaje de nueve meses y <b>225 millones de kilómetros</b>	p. 57 párrafo 1
4.	The <i>Phoenix</i> lander <b>was seven feet tall and eighteen feet wide and weighed 772 pounds.</b>	La sonda <i>Phoenix</i> <b>medía dos metros de alto y cinco de ancho y pesaba 350 kilos.</b>	p.57 párrafo 2
5.	when he reached <b>ninety-five on the fifty-five-mile-per-hour-limit freeway</b>	cuando llegó a los <b>ciento cincuenta kilómetros por hora</b> en la autopista <b>con límite de noventa</b>	p.79 párrafo 3

#### b) Nombres propios

En el texto también aparecen muchos nombres propios como por ejemplo marcas, revistas, páginas web, programas de televisión, *celebrities* o lugares emblemáticos. Estas referencias culturales son intrínsecas al escenario de la narración y contribuyen a la creación de su atmósfera. Para estos casos se decidió que la mejor opción era mantener siempre los nombres originales. Por un lado, porque no tendría ningún sentido traducir por ejemplo «American Apparel» por «Zara», o «Mickey's» por «Xibeca» sin localizar también el país donde transcurre la acción y eso se alejaría mucho del objetivo principal de esta traducción que es ser fiel a la obra. También es necesario tener en cuenta que en algunas ocasiones el lector ya estará familiarizado con estos términos, por la gran influencia de la cultura estadounidense en todo el Occidente globalizado. Lo que acordamos para los casos menos evidentes o que no se pudieran deducir fácilmente por el contexto, fue introducir algún detalle en la traducción que ayudara al lector a identificar de qué se está hablando, utilizando la técnica de la explicitación. Las referencias culturales que existen en ambos idiomas como es el caso de «Snow White/Blanca Nieves» también se han traducido por coherencia con el texto de llegada, que es en español. En la siguiente tabla vemos algunos ejemplos de estos casos:

Tabla 2

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	One time I was so helpful that a guy posted a <b>Craigslist Missed Connections</b> ad about me that said	Una vez fui tan atenta que un tipo publicó un anuncio sobre mí en la <b>sección de conexiones perdidas de Craigslist</b> que decía	p. 68 párrafo 3
2.	their purses were big enough to carry <b>forty-ounce bottles of Mickey's</b>	sus bolsos eran tan grandes que podían llevar <b>botellas de cerveza Mickey's de un litro</b>	p. 62 párrafo 2
3.	We stood very close on the packed <b>L train</b> at two in the morning,	A las dos de la mañana la <b>el metro de la línea L</b> estaba abarrotado y estuvimos de pie muy cerca el uno del otro.	p. 73 párrafo 2
4.	<i>Phoenix</i> —or, as I wrote in press releases later, <b>NASA's Phoenix Mars Lander</b>	La <i>Phoenix</i> —o, como escribiría más tarde en los comunicados de prensa, <b>la sonda espacial Phoenix Mars Lander de la NASA</b>	p. 54 párrafo 3
5.	<b>Alice</b> was the name of the rock near the lander. <b>Snow White</b> was the name of the trench <i>Phoenix</i> began digging.	La roca que había cerca de la sonda se llamaba <b>Alicia</b> . La zanja que empezó a cavar la <i>Phoenix</i> se llamaba <b>Blanca Nieves</b> .	p. 60 párrafo 8

c) *El caso de América*

La protagonista de los ensayos se refiere a su país con el término anglosajón «America». El uso de esta palabra resulta controvertido por sus connotaciones imperialistas, ya que su uso generalizado se remonta a la guerra hispano-estadounidense de finales del siglo XIX y a la expansión colonial de los Estados Unidos con la anexión de Filipinas, Puerto Rico y Guam. Roosevelt, elegido presidente después de la guerra, empieza a hacer un uso libre y constante del término para referirse a los Estados Unidos, (al igual que han hecho todos sus sucesores). De esta manera el término se naturaliza y se difunde por los medios y la propia sociedad del país (Immerwahr, 2019). La RAE recomienda que «debe evitarse la identificación del nombre de este continente con los Estados Unidos de América» y expone que se trata de un «uso abusivo que se da sobre todo en España».

Ante la disyuntiva de mantener el término de la autora en la traducción, o adaptarnos a la recomendación de la RAE, nos decidimos por la primera. La razón principal es ser fiel a la obra y a la voluntad de la autora ya que muy probablemente el uso de esta palabra sea una decisión intencionada. Si tenemos en cuenta la temática y el tono de los ensayos, el país se presenta casi como un personaje más de la obra, una idea abstracta que va más allá del propio territorio, vinculada a los valores del capitalismo y en parte también del imperialismo (ahora cultural), que la palabra «America» evoca perfectamente. A continuación, vemos algunos ejemplos en la tabla 3:

Tabla 3

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	I have lived in <b>America</b> so long that money started to seem like a good idea.	He vivido en <b>América</b> tanto tiempo que el dinero me ha empezado a parecer una buena idea.	p. 67 párrafo 2
2.	I was happy to do it, just to see my name on something (that old <b>American</b> urge)	Estaba contenta de hacerlo, solo para poder ver mi nombre en algo (esa necesidad tan <b>americana</b> ).	p. 72 párrafo 4
3.	I look to <b>America</b> for ideas and fall short.	Acudo a <b>América</b> en busca de ideas y me quedo corta.	p. 74 párrafo 4

### 3.3.2. Cursivas y comillas

En este apartado comentaremos las decisiones que se han tomado respecto a la traducción de cursivas y comillas, partiendo de la base que estos elementos siempre aparecen en el texto con alguna de estas tres finalidades: (a) señalar los diálogos, (b) dar énfasis a algún elemento en concreto, o (c) señalar los nombres propios que se mencionan.

#### a) Diálogos

Uno de los rasgos más característicos a nivel formal de *Tonight I'm Someone Else* es precisamente que los diálogos aparecen en cursiva e introducidos por una coma en lugar de entre comillas como suele ser habitual en los textos literarios en inglés. Claramente esto es una decisión de la autora que funciona como recurso estilístico. Por este motivo, hemos considerado apropiado mantener exactamente la misma forma para la traducción, aunque no sea gramaticalmente correcto en español, donde es más común utilizar la raya para introducir y acotar los diálogos. La autora, en cambio, sí usa la raya para pausas largas o a modo de paréntesis, un uso que es correcto en español y que también hemos mantenido en la traducción. Vemos algunos ejemplos de diálogos en la página siguiente:

Tabla 4

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	On the porch at the party, he said, <i>I'm Cody</i> , and I said, <i>I know who you are</i>	En la fiesta, en el porche, me dijo, <i>Soy Cody</i> , y yo le dije, <i>Sé quién eres</i> .	p. 55 párrafo 1
2.	one student looked at the lander and asked, <i>How will it get back to Earth?</i> And I said, <i>It won't.</i>	un estudiante se quedó mirando la sonda y preguntó, <i>¿Cómo volverá a la Tierra?</i> y le dije, <i>No volverá.</i>	p. 60 párrafo 1
3.	I said in front of both mothers, <i>Her bedroom is bigger than our entire house!</i>	dije delante de las dos madres, <i>¡Su habitación es más grande que toda nuestra casa!</i>	p. 61 párrafo 4

### b) Énfasis

Para dar énfasis a ciertas palabras o ideas la autora es algo menos coherente que en el caso de los diálogos y usa tanto las comillas como la cursiva. Aun así, no creemos que sea una decisión aleatoria, pero esto es algo que en un proceso de traducción real hubiera sido interesante poder comentar con la propia autora y así poder informar mejor las opciones de traducción. De todos modos, creemos que la decisión más prudente y acertada es, una vez más, mantener la puntuación del texto original en la medida que sea posible. La única modificación que se ha hecho ha sido adaptar los signos de las comillas, pasando de las comillas inglesas a las españolas para asegurar la corrección gramatical en la lengua de llegada, como vemos en los ejemplos de la tabla 5.

En ocasiones, cuando Hodson quiere enfatizar alguna palabra que se encuentra en un tramo de texto en cursiva, utiliza la tipografía redonda. De este modo invierte de forma natural y coherente con su estilo los roles tradicionales de estas tipografías, en lo que se percibe casi como un guiño a su propio estilo. En este caso, como se muestra en la tabla 6, también decidimos que la traducción debía ser fiel al original para conservar este valor.

Tabla 5

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	One evening, the lander captured an image of the sunrise after Mars's seventy-five-minute <b>"night."</b>	Una tarde, la sonda capturó una imagen del amanecer después de la « <b>noche</b> » marciana de setenta y cinco minutos.	p. 58 párrafo 4
2.	The concept of <i>getting something out of your system</i> implies the person is capable of learning from her mistakes.	La idea de <i>quitarte las ganas de hacer algo</i> implica que la persona es capaz de aprender de sus errores.	p. 80 párrafo 2

Tabla 6

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	<i>That's <b>infected</b> infected</i> , as if I'd lived twice.	<i>Esto está <b>infectado</b>, infectado</i> , como si hubiera vivido dos veces.	p. 80 párrafo 1
2.	<b>Phoenix</b> was not designed to survive the dark, cold, icy winter.	La <b>Phoenix</b> no fue diseñada para sobrevivir al gélido y oscuro invierno.	p. 61 párrafo 6

### c) Nombres propios

En el caso de los nombres propios como títulos de libros, programas de televisión o canciones ocurre lo mismo que en el apartado anterior, la autora también usa tanto la

cursiva como las comillas y para la traducción hemos seguido los mismos criterios. En la siguiente tabla vemos algunos ejemplos:

Tabla 7

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	The Martian day, called a <i>sol</i> , is forty minutes longer than an Earth day.	El día marciano, llamado <i>sol</i> , es cuarenta minutos más largo que un día terrestre.	p. 58 párrafo 3
2.	When I first started modeling, my only tricks and methods were from <i>America's Next Top Model</i>	Cuando empecé a hacer de modelo, los únicos trucos y métodos que conocía eran de <i>America's Next Top Model</i>	p. 65 párrafo 2
3.	For a Halloween party, I tucked <i>To Kill a Mockingbird</i> into a vintage fur coat and called it Harper Lee	Para una fiesta de Halloween, metí <i>Matar un ruiseñor</i> en el bolsillo de un viejo abrigo de piel y dije que era Harper Lee	p. 69 párrafo 3
4.	while Peaches's "Fuck the Pain Away" played.	mientras sonaba « <b>Fuck the Pain Away</b> » de Peaches.	p. 68 párrafo 3

#### d) Extranjerismos

Por último, también debemos mencionar que al realizar la traducción ha sido necesario usar extranjerismos y por consecuencia introducir nuevas cursivas en el texto, por corrección gramatical y siguiendo las recomendaciones de la RAE. Como vemos a continuación en la tabla 8, se han mantenido los mismos términos en del texto original o se han adaptado ligeramente para que sonara más natural en español como en el ejemplo 3, donde «reality show» pasa a ser solamente «reality» en el texto traducido.

Tabla 8

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	the Manhattan <b>skyline</b> I'd left that morning.	el <i>skyline</i> de Manhattan que yo había dejado atrás aquella mañana.	p. 80 párrafo 3
2.	We cleaned out our desks, wiped our hard drives, went out for lunch, ate french fries covered in ranch and <b>bacon</b> bits.	Limpiamos nuestros escritorios, borramos nuestros discos duros, salimos a comer, pedimos patatas fritas con <i>bacon</i> y salsa ranchera.	p. 63 párrafo 3
3.	Someone I met introduced me to a painter who had recently appeared on a <b>reality show</b> .	Alguien que conocí me presentó a un pintor que había aparecido recientemente en un <i>reality</i> .	p. 73 párrafo 1
4.	so our <b>Girl Scout</b> troop went to see her in action.	así que fuimos a verla en acción con nuestro grupo de <i>girl scouts</i> .	p. 79 párrafo 1

### 3.3.3. Traducción del gerundio

Hodson utiliza una gran cantidad de gerundios en sus ensayos y es habitual encontrarnos con varios en un mismo párrafo o incluso en una misma frase. En este apartado nos centraremos en los casos de gerundios de simultaneidad y posterioridad, ya que son los que han conllevado una mayor dificultad de traducción. Debemos tener en cuenta que estas construcciones en inglés no siempre equivalen a un gerundio en español. Los gerundios de anterioridad y simultaneidad no suponen un gran problema ya que en español su uso también es correcto, pero esto no ocurre con los gerundios de posterioridad.

#### a) Gerundio de simultaneidad

Aunque en estos casos es correcto traducir la terminación «-ing» del gerundio inglés por un gerundio en español, si lo hiciéramos siempre de esta forma el texto estaría lleno de repeticiones. En inglés esto resulta común e idiomático, pero en español no es habitual y podría considerarse erróneo si se hiciera una traducción demasiado literal. Por este motivo creemos que lo mejor es alternar distintas opciones de traducción del gerundio que existen en español para evitar estas repeticiones y crear un texto más natural. Lo podemos ver en los siguientes ejemplos:

Tabla 9

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	I could see men in hooded sweatshirts with their backs to us, <b>moving</b> their arms up and down, <b>painting</b> their names.	vi a unos hombres de espaldas a nosotras, llevaban sudaderas con capucha y <b>movían</b> los brazos arriba y abajo <b>mientras pintaban</b> sus nombres.	p. 54 párrafo 4
2.	They walked toward the party, pulled their hoods down and their sleeves up, <b>exposing</b> their tattooed arms and <b>filling</b> the porch with leftover fumes	Se acercaron a la fiesta, se quitaron las capuchas y se subieron las mangas, <b>dejando ver</b> los tatuajes de sus brazos y <b>llenando</b> el porche con restos de olor a pintura	p. 55 párrafo 1
3.	I used to sit at the bar <b>still wearing</b> my school backpack, <b>sipping</b> whiskey Cokes and <b>pretending</b> not to hear what any of the men said.	Solía sentarme en la barra con la mochila de la escuela <b>todavía puesta</b> , <b>sorbiendo</b> <i>whisky</i> colas y <b>fingiendo</b> que no oía nada de lo que decían aquellos hombres.	p. 59 párrafo 3
4.	People waddled in <b>drinking</b> soda and <b>asking</b> , <i>What 's the deal with the black and white?</i> and I knew I had to quit.	La gente se paseaba por allí <b>bebiendo</b> refrescos y <b>preguntaban</b> : <i>¿Qué pasa con tanto blanco y negro?</i> y supe que tenía que irme de allí.	p. 68 párrafo 1

### b) Gerundio de posterioridad

El gerundio de posterioridad es correcto y muy habitual en inglés, pero en español de acuerdo con la *Nueva gramática de la lengua española* (2009-2011) «no debe emplearse el gerundio de posterioridad cuando este se refiere a una acción posterior a la señalada por el verbo principal». En estos casos es necesario cambiar los tiempos verbales de la oración para que sea correcta y transmita el mismo significado en español. Una posible solución es traducir el gerundio por una oración coordinada, usando la conjunción «y» seguida de un verbo finito. Esta opción nos parece además muy idónea porque encaja perfectamente con el estilo de la autora, que como veremos en el siguiente apartado, utiliza mucho las oraciones coordinadas con la conjunción «and» como recurso poético. A continuación, vemos algunos ejemplos de gerundios de posterioridad y sus respectivas traducciones:

Tabla 10

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	<i>I'll miss them</i> , I said, <b>sitting</b> on his lap, <b>taking</b> the cap from my beer bottle and <b>placing</b> it inside one of the holes.	<i>Los echaré de menos</i> , dije <b>sentándome</b> en su regazo, y <b>cogí</b> el tapón de mi botellín de cerveza y <b>se lo metí</b> en uno de los agujeros.	p. 55 párrafo 4
2.	I'd have my blinds closed and lights out in the middle of the afternoon, <b>weeping</b> over some middle-school injustice—and she'd sit at my bedside, <b>asking</b> if I wanted to talk about it.	me pasaba la tarde en mi cuarto con las persianas bajadas y las luces apagadas, <b>llorando</b> por alguna injusticia del instituto— y ella se sentaba junto a mi cama y <b>me preguntaba</b> si quería hablar.	p. 78 párrafo 6

### 3.3.4. Traducción del polisíndeton y otras figuras literarias

Los ensayos de *Tonight I'm Someone Else* tienen un marcado componente retórico que en ocasiones puede dificultar la labor de traducción. La figura literaria más utilizada a lo largo del texto es el polisíndeton, en este apartado veremos como se ha resuelto su traducción y algunos ejemplos de otras figuras literarias también importantes en el texto.

El polisíndeton consiste en la repetición excesiva de conjunciones a la hora de unir palabras o frases. Por un lado, este recurso proporciona al texto una sensación de espontaneidad, fluidez y continuidad de la experiencia; como si los pensamientos y las reflexiones de la protagonista se fueran sucediendo a medida que leemos, sin artificios y sin pasar por ningún tipo de filtro. Por otro lado, también puede ralentizar el ritmo de la prosa dando más peso y solemnidad a las ideas que se exponen.

Las conjunciones que más usa la autora para este recurso son «and» y «but», y para la traducción consideramos que era crucial respetarlas ya que es uno de los recursos que más característicos del texto. Para conseguirlo, en muchas ocasiones hemos tenido que hacer pequeñas modificaciones a la estructura de las frases, y usar estrategias de traducción gramatical como la compensación, la modulación o la transposición, para equiparar el tono y el ritmo del texto de llegada al original. En la siguiente tabla vemos una selección de estos casos con sus respectivas traducciones:

Tabla 11

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	If I was alone at a bar and someone approached me, one of the graffiti men would appear and ask, <i>Is this guy bothering you?</i> and I'd say no, because he'd already be gone.	Si estaba sola en un bar y alguien se me acercaba, alguno de los hombres aparecía y me preguntaba, <i>¿Te está molestando este tío?</i> y yo decía que no, porque ya había desaparecido.	p. 58 párrafo 6
2.	Running outside is full of cars ignoring red lights and men calling out to me and unforgiving concrete	La calle esta llena de coches que se saltan los semáforos en rojo y de hombres que me gritan cosas y de hormigón implacable.	p. 63 párrafo 2
3.	that a coyote could emerge from behind a saguaro and wear sheep's clothing and I could fall for it and I could be happy.	como si un coyote con piel de cordero pudiera aparecer de detrás de un saguaro y me lo creería y podría ser feliz.	p. 68 párrafo 5
4.	I saw the way hot air roared through his open window and then his hair and then mine and I thought that meant whatever happened to him also happened to me and that must mean we were bound.	Veía como el aire caliente rugía al colarse por la ventana abierta y después entre su pelo y después entre el mío y pensé que eso significaba que todo lo que le ocurría a él también me ocurría a mí y eso debía significar que estábamos unidos.	p. 74 párrafo 1
5.	This was before I needed passion and wildness and to be on the verge of every emotion at once—I wanted safety and beauty, and he looked like Bob Dylan in the middle of the desert, and I thought that was what the love of my life could be.	Esto fue antes de que necesitara la pasión y lo salvaje y sentirme al borde de todas las emociones a la vez—quería seguridad y belleza, y él se parecía a Bob Dylan en medio del desierto, y pensé que aquello podía ser el amor de mi vida	p. 70 párrafo 1
7.	I ordered a whiskey Coke and paid \$15 and left a \$1 tip and tried to make my drink last all night.	Pedí un <i>whisky</i> con Coca-Cola y pagué 15 dólares y dejé un dólar de propina y intenté hacer que la bebida me durara toda la noche.	p. 71 párrafo 6
8.	These were men who fell in love but not fully, wanted a mother but not really, wanted a whore but not all the time, wanted me in the room but quiet, and I liked trying to be everything at once.	Eran hombres que se enamoraban, pero no del todo, querían una madre, pero en realidad no, querían una puta, pero no todo el tiempo, querían que estuviera allí, pero callada, y a mí me gustaba intentar ser todas esas cosas a la vez.	p. 60 párrafo 4
9.	As a woman, I think I'm supposed to be fit but waifish, nurturing but alluring, innocent but independent, beautiful but without trying.	Como mujer, se supone que tengo que estar en forma pero flaca, tengo que ser cariñosa pero seductora, inocente pero independiente, guapa, pero sin intentarlo	p. 73 párrafo 5

A continuación pasamos a comentar algunos ejemplos de diferentes figuras literarias que, aunque no tan numerosas en el texto, también han supuesto un reto importante de traducción.

Tabla 12

	Texto original	Texto traducido	Página TT
1.	The sun <b>met</b> the asphalt that <b>met</b> our eyes as we curled around each unprotected cliff.	El sol <b>se posaba</b> sobre el asfalto en el que <b>se posaban</b> nuestros ojos mientras recorríamos las peligrosas curvas de los acantilados	p. 74 párrafo 1
2.	How lovely to be young enough not to <b>know any better</b> .	Qué maravilla ser demasiado joven como para <b>haber aprendido la lección</b> .	p. 68 párrafo 4
3.	I gathered secrets like little <b>pieces of survival</b> , and I was so <b>healthy</b> .	Yo coleccionaba secretos como <b>botes salvavidas</b> y allí estaba <b>a salvo</b> .	p. 55 párrafo 2
4.	the lander <b>soared through</b> space, and we were <b>on the verge of either everything or nothing</b> .	la sonda <b>surcaba</b> el espacio y nosotros estábamos <b>a las puertas del todo o de la nada</b> .	p. 55 párrafo 3
5.	How is it that we were born on just the right planet at just the right time? How is it we know exactly when and how to look up? How is it we never remember how small we are until a planetary event arrives, and how does this realization move so quickly from comfort to assault?	¿Cómo es que nacimos en el planeta correcto y en el momento oportuno? ¿Cómo es que sabemos exactamente cuándo y cómo mirar hacia arriba? ¿Cómo es que nunca nos acordamos de lo pequeños que somos hasta que llega un evento planetario, y cómo es que esta revelación pasa tan rápido de ser un consuelo a una agresión?	p. 65 párrafo 6

Aquí detallamos brevemente los elementos que se han tenido más en cuenta a la hora de traducir estas figuras retóricas. En el caso 1 de la tabla, por ejemplo, encontramos una personificación en el «sun met the asphalt» y la repetición intencionada del verbo «met». El ejemplo 2, es una paradoja que además contiene la expresión inglesa «know better (than to do something)». El ejemplo 3, es una metáfora que juega con la terminología y la aliteración del sonido /s/. El 4 es otra metáfora que contiene también una antítesis «either everything or nothing». Y por último, el 5 es una serie de preguntas retóricas construidas a partir de anáforas que crean una repetición rítmica que es justamente lo que le da valor poético.

El reto en estos casos no es tan solo comprender bien la intención de la autora y transmitirla en el idioma de llegada, sino hacerlo de un modo igualmente artístico y coherente con su estilo. Durante el proceso de traducción corremos el riesgo de que se pierdan o se diluyan ciertos detalles, por eso debemos conceder la misma importancia a la forma que al contenido.

## 4. Conclusiones

En relación a los objetivos que se planteaban al principio de este trabajo podemos decir que se han cumplido satisfactoriamente. He realizado todos los pasos de un encargo de traducción profesional, he traducido un fragmento de *Tonight I'm Someone Else* (2018) de Chelsea Hodson del inglés al español y la traducción realizada ha sido lo más fiel posible al original. También se ha elaborado un comentario sobre el proceso y las dificultades de traducción; con la ayuda de los conocimientos adquiridos durante el máster y utilizando los recursos y herramientas recomendadas en las diversas asignaturas.

Durante la elaboración de la primera parte del trabajo relacionada con la gestión del negocio de traducción, he podido comprobar la cantidad de tiempo que requieren las cuestiones administrativas de la traducción profesional y la importancia de las competencias informáticas para simplificar al máximo estos procedimientos. Por ejemplo, es muy útil tener preparadas plantillas de Excel y Word para los presupuestos y las facturas, así como tener las tablas de tarifas actualizadas. También es muy importante tener nociones de fiscalidad y saber dónde podemos consultar estas informaciones, especialmente si trabajamos como autónomos.

Respecto al proceso de traducción, puedo decir que la herramienta TAO Matecat no me ha resultado especialmente útil a nivel lingüístico, pero sí para gestionar el flujo de trabajo y controlar el tiempo empleado. He comprobado que para la traducción literaria los recursos que más me han servido son los diccionarios (monolingües, bilingües y de ideas afines), los glosarios, artículos informativos de medios de comunicación y otras obras literarias del mismo estilo que el texto original.

En referencia a los problemas de traducción, estos se han identificado y ordenado por categorías y se han resuelto utilizando diversas estrategias de traducción cultural, gramatical y estilística estudiadas en el máster. Por ejemplo, la adaptación cultural para el caso de las unidades de medida; la explicitación para los nombres propios poco conocidos en España; y también se han usado estrategias de modulación, compensación y equivalencia para aquellas expresiones más idiomáticas.

Este trabajo me ha permitido observar muchas de las dificultades que conlleva la traducción literaria y la importancia que tienen cuestiones como la cohesión y la coherencia a lo largo de la obra. Pero el reto más grande del trabajo ha sido sin duda la traducción de elementos estilísticos como las figuras retóricas. En este sentido estoy

satisfecha del trabajo de traducción, ya que creo que, en gran medida, se han cumplido los objetivos del encargo de ser fiel al texto original y de producir una traducción natural e idiomático en español. Además, también se ha logrado el objetivo de evitar en la medida de lo posible la utilización de notas al pie para mantener la máxima fluidez del texto.

Una vez terminado el trabajo considero que sería muy interesante poder seguir con la traducción del resto de la obra para ver si, una vez familiarizada con el estilo de la autora y con toda la práctica adquirida durante este tiempo, mi ritmo de trabajo sería más eficiente y la traducción resultaría más rentable. Por último, nunca antes había hecho una traducción de este volumen, ni de esta complejidad y considero que ha sido un proceso muy enriquecedor que me ha servido para reforzar e incorporar nuevos conocimientos y habilidades de una forma muy práctica.

## 5. Anexo

### 5.1. Texto original

#### *Red Letters from a Red Planet*

##### *1. Spring*

In Tucson, I rode my bike until the heat turned into something else, something alive, something I could make my own—my cheeks flushed red, I sweat out any water I drank, and I didn't care—that was just how I moved from one place to the next in ninety degrees. I lived in a house so old I told people it was haunted, even though I didn't have any proof. I liked finals week, when the library was open all night and no one knew where I was. I didn't keep a journal then. I was busy, or I thought I was, but mostly I thought anything important would stay with me. Perhaps it has.

The team's second machine had already been catapulted toward Mars by the time I started working at the operations center. Their first attempt had exploded after failing to land a few years prior. It would take nine months to find out for sure, but this one, they said, would make it.

*Phoenix*—or, as I wrote in press releases later, NASA's *Phoenix* Mars Lander—was on its way to the planet's northern hemisphere, the polar region. Its robotic arm was designed to reach out and dig through the dirt until it found water ice, but no one knew for sure what lay beneath. It was 2008, and no one had ever sent anything to the top of the Red Planet. I was an undergraduate studying journalism, and the public affairs manager needed an assistant. I would help her write image captions that went out with the press releases each day. As the lander sailed through space, the team assembled at a warehouse in Tucson and waited.

From the porch at my friend's party one night, I heard the *shhh shh* of spray-paint cans. When I looked at the wooden fence across the street, I could see men in hooded sweatshirts with their backs to us, moving their arms up and down, painting their names.

They walked toward the party, pulled their hoods down and their sleeves up, exposing their tattooed arms and filling the porch with leftover fumes. Cody was the most memorable of them—I'd admired his pronounced brow bone from across a room before. I've always liked men who look as if they're from another time. We'd been introduced once at The Grill, the twenty-four-hour diner with blue walls and a neon sign that read, OPEN LATER THAN YOU THINK. On the porch at the party, he said, *I'm Cody*, and I said, *I know who you are*.

Downtown was vacant at night—not even the police bothered as Cody and his friends wrote all over everything as if they owned it. In the mornings after, a hired worker always appeared in some form, holding a white roller and a bucket. Sometimes Cody would get there before they did, and he could take a picture in the daylight before his name disappeared under more paint. One building for one night—that's all some men get.

Cody and his friends rode around town like royalty until everyone began actually regarding them as such. Crowds parted to make way for them on the sidewalk, and bars banned them for fighting, which just made them more infamous. Seeing one of them meant the rest were somewhere nearby. They ruled downtown, filling the spaces their fathers had left behind—men betrayed by cops, some jailed, one killed.

Cody's earlobes were long and saggy and had holes the size of quarters from the ear gauges he'd once worn. In the backyard of someone's birthday party, he told me he didn't wear the gauges anymore, and soon someone was going to sew his ears back up to look normal. *I'll miss them*, I said, sitting on his lap, taking the cap from my beer bottle and placing it inside one of the holes. I'd never been attracted to someone I was afraid of before, but I could tell Cody was tender because he couldn't look me in the eyes when I became bold and touched him. He was big and tough and tattooed, like a bad boy a casting director might dream up, but when he kissed me, it felt specific.

Cody banged on my screen door like a warning, and I always answered. It felt good to be summoned. One time he came over in the middle of the day to meet my friend who was visiting from out of town. He didn't sit down, he just paced around my living room while I tried to make conversation. After a few minutes, he pointed at his backpack on the floor, said, *I have to deliver that*. I asked, *Drugs?* and he smiled, said, *I'll never tell*, then left.

I gathered secrets like little pieces of survival, and I was so healthy. I never knew the whole story, just enough to be on their side. One of his friends slept on my couch one night while cop cars rolled through our neighborhood's streets, looking for him. Another of his friends went to Nogales and almost didn't get back in at the border. I knew fighting was bad, but I was so in love with Cody, I believed what he believed: that some people deserved to get hit. The men thought their badness made them special, and I thought my devotion to their self-imposed justice made me special, and I think we might have both been right.

At work, I milled around the operations center drinking free espresso some company donated because they thought we were astronauts. I was the only one who bothered with the espresso—I even had an argument with an engineer who told me drip coffee was more powerful. No one knew what to do except pretend to prepare—the lander soared through space, and we were on the verge of either everything or nothing. It was a part-time job for me, but some men's lives had led up to this landing, and they'd failed before.

In preparation for the landing, my boss and I helped the team rehearse what to say to the public, who might not understand the timing. *Make sure to explain that the signal could come later*, my boss said. *It doesn't always reach us right away.*

During finals week, I reached for my highlighter pen to stripe my geology textbook yellow. I was learning about my own planet—its tensions and the resulting shifts. I liked the inevitability of nature, the violence required for Earth to endure. The lecture hall was filled with a hundred students, but the professor had asked that we all e-mail her a photo of ourselves so she could memorize us. She actually did it, and I found myself frightened every time I raised my hand and realized she still knew my name.

The halls of the operations center were empty most of the time. Or if I did encounter someone and met their gaze—even if I greeted them—they'd usually look away. The lander was getting closer after its nine-month, 140-million-mile journey, but there was still nothing to do yet. I pretended to be a scientist; the scientists pretended to work—or they did work, I just didn't know what they did.

The *Phoenix* lander was seven feet tall and eighteen feet wide and weighed 772 pounds. On May 25, 2008, we all gathered in the operations center and waited for *Phoenix* to

descend into the Martian atmosphere, activate its heat shield, and slow to one thousand miles per hour. The lander survived what everyone called its *seven minutes of terror*—a free fall, a blue parachute—and then it landed the way we’d hoped it would. The solar panels bloomed and sucked in light. The ovens adjusted their temperature. The machine photographed its feet and sent us the picture.

When the images appeared on-screen an hour later, the room erupted in applause. I felt like an impostor—how had I gotten there? When I noticed everyone around me was crying with joy, I tried to do the same. I’d never felt I was in the same room as history before.

The following day, I heard someone at a press conference say, *We will find water; it is there*. It was the same tone I used to announce that I loved who I loved.

## 2. *Summer*

Cody was tall, but his posture was terrible, as if he hadn’t fully evolved. For this reason, I could spot him blocks away when I was on my bike, and then I’d get to spend whole minutes doing nothing but anticipating him. When he changed a record on the turntable in my apartment, he’d spin the record on his finger and tell me to watch. He was good at it—the record seemed to play from electricity he made. I remember he was the first man I told, *I love your body*. I don’t remember what he said about mine.

I was always asleep by the time he got into bed and draped himself over me, finally done tagging—another night of not getting caught. In the morning, I always woke up before him, but I’d stay under him for as long as I could, memorizing his tattoos, as if someday I might need to describe them so he could be found and returned to me, the one who knew his entire body by heart.

Once, just after midnight, he came over with bloody knuckles and torn jeans. It wasn’t unusual for him to bleed, but it was the first time he’d come to me afterward. I found a translucent purple ruler in my desk, broke it in half, and made a splint to keep his ring finger straight. He told me the story as I washed the red from his hands, his shirt, my floor. He kissed me on the kitchen counter, threw my phone across the room when it rang.

I didn't yet know who I was, but I saw the opportunity to become a certain kind of woman. Harm swayed toward me. I responded with something else.

The Martian day, called a *sol*, is forty minutes longer than an Earth day. That meant we came to work a little later each day and stayed a little later, until soon we were arriving in the middle of the night. Photographs came in hours ahead of me—as a series of zeros and ones.

*Phoenix's* cameras worked better than anyone had anticipated. One evening, the lander captured an image of the sunrise after Mars's seventy-five-minute "night." The photo looked straightforward, but the image's caption explained, *The skylight in the image is light scattered off atmospheric dust particles and ice crystals.* We thought we knew exactly what we saw.

At The Grill one night, a painter looked at me too long, and Cody asked him to rate the importance of his hands: *You use them a lot, I bet.* Another night, Cody pointed to a red bicycle's crumpled front tire, locked to a fence, and said, *That 's where his head was.* If I was alone at a bar and someone approached me, one of the graffiti men would appear and ask, *Is this guy bothering you?* and I'd say no, because he'd already be gone. I felt safe in their small-town grasp, special, but really I was just on one side of my mind and the world was on another.

When I needed a ride one night, one of Cody's friends drove me home in his powder-blue Cadillac, asked, *What were you doing out so late?* As the streetlights shone through the windshield, I saw the gun on his hip, glittering. In Arizona, it was legal to carry a gun as long as it was visible, Wild West style. We passed the hotel where John Dillinger left \$23,000 in a fire in the 1930s, the same hotel where this friend with the Cadillac had been blacklisted. I admired the way they maneuvered through the world, making it theirs.

At the Phoenix Science Operations Center, a group of sleep researchers from Harvard came and installed blue boxes on our desks. One group of scientists was instructed to look directly into the simulated sunlight for an hour each day. One group was asked not to look at all.

I used to sit at the bar still wearing my school backpack, sipping whiskey Cokes and pretending not to hear what any of the men said. But I did hear, and once I was asked, *Do you think it's wrong to cut off a finger?* I said no, not if someone really deserved it.

Even now, I feel compelled to protect their identities in a noir kind of way—to refuse to give them up, even under interrogation. I want to see them again. Sure, I was an accessory, a warm body, a room to sleep in, but I felt as if I was a whole building being written on. Their violence was blinding, their light immeasurable. Every time I tried to take a photo of anyone, they'd look away, or appear as an orb, as if I'd dreamt them up.

But a dream does not leave blood on the pillowcase, does not get into bed smelling like spray paint and other women, does not write his name on a wall or my thigh, does not finish high school or ask for forgiveness. They were waiting to get rich. Every time it rained, we knew another year had gone by.

There was a replica of the *Phoenix* lander at the operations center. It was built to scale, looked real. When I gave a tour to a middle-school class, one student looked at the lander and asked, *How will it get back to Earth?* and I said, *It won't.*

Many of the photos I captioned were actually composites of photos—different cameras captured different angles, and the images needed to be put back together. By the time I saw them, they appeared whole.

### 3. *Fall*

When photos showed strange clusters of dirt on the Martian plain, one of the scientists said, *We expected dust devils, but we are not sure how frequently. It could be they are rare, and Phoenix got lucky.*

Most nights, Cody expected to get caught painting his name. *One day I'll run out of luck,* he said, not stopping.

There was a rumor that the cops kept binders full of graffiti photos, organized by name, in the hopes they'd catch that name someday. A friend of Cody's friend got caught writing

on a freeway sign, and, in court, the prosecution showed dozens of the same signature on other walls. He went to jail for all the photos combined. The men wondered if they had binders dedicated to them. They smiled when they talked about it.

*NASA's Phoenix Lander Might Peek Under a Rock*—that was one headline. The team thought there might be ice there. The robotic arm reached out.

I met a man who complimented me all the time, but instead of feeling admired, I felt nervous. I realized Cody and his friends never seemed to look directly at me. There was comfort in that. Sometimes it felt like a favor.

Alice was the name of the rock near the lander. Snow White was the name of the trench *Phoenix* began digging. The robotic arm dug a little more each day. And then, after fifty scrapes, a white square appeared—what the scientists had hoped to find. The soil-and-ice mixture was scheduled to be dropped into an oven, then cooked. They called the sample *almost perfect*.

But the arm was imprecise, the movement was wrong, and the sample missed the oven. From the press release: *We will repeat what we did successfully with small modifications to adjust for what we learned.*

I'd learned almost everything about Mars by that point—the temperature, the presence of the icy layer, the wind speed—but when I tried to describe Cody to a friend who had never met him, all I could say was, *He has this pull on me*. I mimed myself unloading an imaginary rope from my stomach, kept unloading it. My return to my previous life had always seemed inevitable, but now I felt so far away.

These were men who fell in love but not fully, wanted a mother but not really, wanted a whore but not all the time, wanted me in the room but quiet, and I liked trying to be everything at once. Cody said he wanted the word *honey* tattooed on his throat, and when I asked why, he said, *To remember everyone I ever called honey*. I said it was a bad idea, but really I just wanted to be the only one called honey, I wanted to be the word he kept in his throat.

#### 4. *Winter*

The operations center tried to contact *Phoenix* on Mars, but we didn't hear back. We countered silence with another press release: *Phoenix was not designed to survive the dark, cold, icy winter*. Still, we listened.

I started to believe Cody's friend with the Cadillac would eventually be caught. I saw men get hurt, jump fences, get handcuffed, go to jail. He'd been arrested twice before for other things; another seemed inevitable. One day, he noticed a man sleeping in an unmarked police car across from his house. Another followed him to work. This is how these things end, I thought, remembering a movie. I could get left behind so easily.

I saw a scientist place a black piece of paper over the blue box of light, then pull it up slowly, say, *Total eclipse*.

I knew about the trio of girls with frizzy black hair and greasy eyelids, but I didn't know they'd come for me. Their cutoff shorts exposed green-purple bruises, their purses were big enough to carry forty-ounce bottles of Mickey's. I liked to drink, too, but not like that—they didn't care if they died or not, they didn't care who belonged to whom, they'd show up to parties and suddenly there'd be a bonfire in the backyard, suddenly they'd be lighting their cigarettes with it. One of them got cancer at one point, lost all her hair, and lived.

*Cody and I slept together*, one of the girls said to me on the phone one night. *I didn't know you were still together*. I didn't bother raising my voice with someone who seemed as if she was telling the truth, someone who seemed sorry. I asked logistical questions: Did he wear a condom? He did. Did she know about me? Sort of. I thought if I had information, I could have control. I thought if I stayed calm, I could keep it from being true. I waited for Cody to come home.

When I confronted him, he had me call his friends to confirm her unreliability. *She's just jealous*, a few of them said. Others deemed her plain crazy. Cody seemed to think the more people we called, the more innocent he'd be. I knew he was guilty, but I stopped fighting it and started listening to the sound of their lies. They became like a chorus of men who loved each other. They were singing their song.

In the morning, she texted me, *I'm afraid you believe whatever he told you*, and it was true—I loved him enough to look away. That's how much he loved me. We were even.

A caption for a photo of morning frost on Mars: *This false color image has been enhanced to show color variations.*

I put Cody in an essay once before, but I wrote it wrong: I made him the villain. I forgot women can be wrong, too—I forgot I could be. Against all logic, I perceived touch from a burned hand as a form of greatness. I hope to make a mistake like that again someday.

*Phoenix's* signal officially died when ice appeared on its solar panels. The attempts to reach the lander were called *listening campaigns*.

From the press release: *The Phoenix spacecraft succeeded in its investigations and exceeded its planned lifetime. Although its work is finished, analysis will continue for some time.*

We cleaned out our desks, wiped our hard drives, went out for lunch, ate french fries covered in ranch and bacon bits. The principal investigator of the *Phoenix* mission said to the press, *Somewhere in that vast region there are going to be places that are more habitable than others.*

Some men never loved me. I didn't care. Their names sounded like answers, and I used them as such.

In one of the last photos received from *Phoenix*, its solar panels looked like an umbrella protecting the—I want to write *earth* here, but that's incorrect. The red dirt made everything red. Then the photos stopped.

Cody kept staying out all night. I kept not saying anything, kept thinking eventually he'd come back to me for good. My room was too bright for sleep, so I held my pillow over my face, exhaled into the black of it. I saw beautiful things.

## *Simple Woman*

Sexiness dates. Beauty, on the other hand,  
does well with a touch of the archaic: it does not need us.

—JAMES RICHARDSON, *Vectors*

The fancy gym near Bryant Park in Manhattan costs \$220 a month. I bought my membership online, late at night, without thinking too hard, looking for something to make me happy. Money can do that if you let it—if you close your eyes and enter its dream, the one where you are well dressed, fit, successful, in love with exactly the right person. The gym I used to belong to cost \$30 a month, but sound judgment gets lost so easily in unhappiness: the new price seemed justifiable because I would have paid almost any price to become a new person.

The treadmills at the fancy gym offer a selection of videos to watch while I run. The videos I scroll through on the touch screen include scenes from faraway cities, forests, deserts. I forget I'm in a basement, running in place, or at least that's the idea. Some of the scenes go places only a drone can go: the tops of cliffs, jumping from one balancing rock to the next, or through a flooded canyon. I pay to use the treadmill even though I could run outside. It's not the same. Running outside is full of cars ignoring red lights and men calling out to me and unforgiving concrete. Running outside is real, but what I want is the less real: I want the path unfolding on a screen in front of me, I want to run through a place I've never been.

I never used to exercise, not even when I was modeling. The only kind of preparation I did then was to stop eating the day before. There was always food available on set, but no one cared if I ate or not, they only cared about the way I fit into the clothes and the ways in which I angled my body in front of the camera. I liked it that way.

What I miss most about modeling, besides the money, is the way I was touched on set. Someone was always helping me step into clothes, or putting them over my head so my makeup didn't transfer onto the collar, or pinning the clothes tight against the back side of my body, clips invisible from the front. I miss the way a makeup artist would be brushing my face with powder while another stylist fixed my hair, arranging it so that just

the right amount fell in front of my shoulders versus the back. My mother used to lightly touch my head or my arms when we watched television together, and the touch of stylists brought me back to that place of my childhood.

When I first started modeling, my only tricks and methods were from *America's Next Top Model*—smile with your eyes; put your hands on your hips and arch forward like a hunchback if you're wearing couture; model with your whole body, all the way down to your fingers and toes. But as I got older, I narrowed it down to one trick, one simple, private action: think of someone you want to touch whom you cannot touch, someone forbidden. Think of a room where there is nothing except the two of you: still, you cannot touch them. Think of the heat between two hands about to touch, the language that exists in that silence. Now, turn the camera into the face of the beloved and tell it everything without speaking. You might think this is too subtle, but, if you live in your mind, the heat of your longing can be captured on film. I have proof.

I can look at photos now and remember who I was thinking about that day. It's so obvious. My longing sometimes kept me up at night, which was the opposite of what I wanted: to dream. I bought a white-noise app on my phone, turned on the thunderstorm setting, and closed my eyes.

Money is a dream, which makes it as real or as unreal as the rest of my life.

Dream logic seems fine for a world that has been theorized to be nothing more than a simulation—a big video game where we think we play the world, but in fact someone else plays us. I buy what I can't afford; I idolize people who have nothing to do with me; I refuse to believe one thing leads to another, which is to say I don't believe in logic, not all the time—not the way this world rotates and orbits. I feel slower than it, too poor to live in it; I want to sleep until I'm someone else.

Modeling sometimes felt like a way to make up for all the status I'd missed out on as a child. Now I could be the one. When I paged through magazines as a teenager, I assumed every model was a wealthy star.

I've never had a job that had benefits of any kind—health insurance, sick days, stock options. Jobs like that always felt like traps to me. I understood, though, when my friends

got in and then couldn't get out. It was safer than my erratic life and unpredictable income. But I thought I'd never have to struggle to get out if I just never got in.

I've worked for enough millionaires to know that more money doesn't mean more happiness. But facts were never enough to cancel out my dreams. Wake me up from a nightmare and try to tell me it's not real. Try to tell me more money wouldn't fix my life.

When I was very young and my mother picked me up from a wealthy friend's house, I said in front of both mothers, *Her bedroom is bigger than our entire house!*

I never have fantastic dreams with elaborate landscapes and neon colors. My dreams usually take place in small, plain rooms and have very little action: it's about the dialogue. I sometimes wish I could unhear it, I sometimes resent my subconscious for its self-destructive tendencies. Like the trance I enter when I am engaging in masochistic behavior (picking at my skin in a magnifying mirror, looking at the Instagram profile of someone I despise): time stops; I enter a space where nothing else matters except the action I'm conducting right there, right then. Nothing could be more important than hurting myself in these small, private ways.

I like that phrase I kept hearing when the eclipse happened: *path of totality*. I didn't have eclipse glasses, I wasn't in the right city to see the sky go black, but I watched the live stream from my iPad in Bryant Park. There was something emotional about it, even within my virtual disconnect—something about the perfection of one black circle covering one white circle. How is it that we were born on just the right planet at just the right time? How is it we know exactly when and how to look up? How is it we never remember how small we are until a planetary event arrives, and how does this realization move so quickly from comfort to assault?

In my dreams, there are no planets, just bodies, no ring of light, just the promise of something, which, now that I think about it, might be the same thing.

I have listened to music I hated until I loved it. I have looked at ugly clothes so long they began appearing as desirable objects. I have lived in America so long that money started to seem like a good idea.

We assign meaning to money the same way we assign meaning to dreams. By that logic, money could be a dream. And what else would it be? I always want more of a good dream, but how quickly a nightmare descends.

I assign meaning to love as well. So could money be love? No, because it doesn't linger. As soon as the desired object is purchased, the heat of the wanting is transferred elsewhere.

In 2007, I really wanted a job at American Apparel. I was living in Tucson then, and I had been working in retail for a couple years at that point. I even became one of the top sales associates in the southwest region for a store that sold overpriced white and black clothes for women. They paid by the hour, but they also offered commission on big sales. I thought I would be bad at the job, but the middle-aged clientele trusted my judgment, and soon I was spending hours waiting just outside the dressing rooms—*How 's everything working out for you in there?* A woman would emerge in a billowy blouse that was just perfect for the cruise she was about to embark on, and soon I would have convinced her to buy twelve other things that went with the blouse, and then she'd be spending a thousand bucks.

I thought the job would feel sleazy, but I loved being in a store full of women, and most of them were using their husband's credit card anyway. However, the store moved from being down the street from me to the mall all the way on the other side of town. I hated working in the mall, with the smell of pretzels wafting in from the food court, and the store was so big that no one could track who was buying what, so I stopped making commission. People waddled in drinking soda and asking, *What 's the deal with the black and white?* and I knew I had to quit.

At my American Apparel interview, I wore my black spandex turtleneck dress—it was too hot to wear that day, but it was the only American Apparel I owned, and I knew my body looked good in it. The woman interviewing me had come from Los Angeles to help set up the store—she was gorgeous and competent and effortlessly cool. I don't remember what kinds of questions she asked, but I remember it all seemed like a formality, as if the answers didn't really matter. She then asked if she could take a photo of me, making a big deal out of the fact that it was only so she could *remember me later*, since she was

interviewing so many people. I agreed and posed in my dress, careful not to smile too much.

The next week, she called to tell me I was hired and asked me to come in for the store's first meeting. I think the rest of the new employees realized what I realized at exactly the same time, but no one dared say it out loud: we all fit an archetype. There was a blonde, a redhead, a brunette, an Asian, a Mexican, a half-black guy with an Afro, a gay guy, a curvy girl, a short girl, a six-foot-two-inch-tall girl. It was the strangest thing, the way no one ever addressed this directly. Of course we had been hired for our skill and ability, we wanted to think. When the local newspaper came to photograph us modeling the clothes, it became pretty obvious what was going on. But to point it out would mean that we weren't grateful: the only people who complained were the people who didn't get hired. We were the good-looking ones, the cool ones, the ones who were paid almost twice as much as the Urban Outfitters employees across the street. We must have deserved it, we thought.

The atmosphere was lax: the store was always busy, but we never really rushed, and at night we took turns sipping rum and Cokes in the back room. We played music at a volume unbearable to adults—any parents who accompanied their daughters or sons would just sit outside until it was time to check out. One time I worked the register while a dad paid \$200 for his daughter's new spandex bodysuits and thigh-high socks while Peaches's "Fuck the Pain Away" played. One time I was so helpful that a guy posted a Craigslist Missed Connections ad about me that said, *You were the angel in sea-green corduroy shorts.*

We drank in the back as a kind of pre-game move—there was always a house party somewhere. One night the blond employee, Lindsay, and I rode our bikes to the front yard of someone's house and never made it inside. I spotted my ex-boyfriend, who had broken up with me a few months prior (said he didn't love me, then said he did, then changed his mind again)—he was in the yard talking to some girl, so I turned to kiss Lindsay. This attracted two guys who had just moved from Portland, or maybe they moved to Portland later, I don't remember, but their personalities relied on their fixed-gear bikes. I didn't understand how a bike without brakes could be an identity, but they wore cycling hats with the fronts turned upward, and they always had their jeans rolled up on the right side

so as not to interfere with their gears. They looked foolish, but they had faces like actors. And here they were, and so were we.

First I kissed the tall one while Lindsay kissed the short one. Then I kissed the short one while Lindsay kissed the tall one. Then the boys kissed each other, which was thrilling because everyone was always worried about being gay, even then. I could feel my ex-boyfriend watching me, thinking maybe I wasn't a virgin anymore, but who could be sure. We just went around kissing in a foursome, and we weren't even sitting—we were just standing there in a square like idiots, reminding me of the time my parents drove my sister and me to Four Corners, where you can touch Arizona, Utah, Colorado, and Nevada all at once.

For a Halloween party, I tucked *To Kill a Mockingbird* into a vintage fur coat and called it Harper Lee, and my best gay friend already looked like Truman Capote, so off we went into the night. The man I loved was there—no costume. Why hadn't I thought of that?

How lovely to be young enough not to know any better. I fell in love with anyone with a scar on their face.

I romanticize the desert because there's so much quiet, so much empty space. It feels as if anything could happen there, that I could meet anyone, that a coyote could emerge from behind a saguaro and wear sheep's clothing and I could fall for it and I could be happy.

Once, I awoke in the middle of the night, sensing something in the backyard but not hearing anything. I opened the second-floor window and listened—still nothing. *Come back to bed; you're dreaming*, my man said. In the morning, the backyard fence gate was open, and his bike was gone.

Years later, I awoke in the middle of the night next to another man and announced, *I'm dreaming of you, even now*. I couldn't wait until the morning to tell him—I wanted him to know that I never stopped dreaming about him, not even when I managed to capture his attention the way I'd wanted to. When I told him about all the detailed dreams I'd had, it was as if I was telling him about a life we'd already lived together—the prequel to the novel of the one night we had. That night, there was a big metal bowl on the steps leading

to his front door, and when I asked about it, he said, *I don't know where it came from, but now I want to see if something will appear inside it.*

But even when he was holding me, I wanted the dream version of him. Something didn't match up.

I sometimes have phrases that won't get out of my head until I write them down. Here's one: *You were in my dream but not in my life.*

When I run on a treadmill, I have to imagine a future version of myself that kept running, the version of myself that decided to endure, to suck it up, to dream of a possible outcome.

The years back when I tried to put a price on myself: that wasn't so long ago, was it?

I like walking into the unknown the way I spend money: with my eyes closed.

With my eyes closed, I heard him say, *I don't love you anymore.* The man whose bicycle was stolen but wouldn't believe me—now he didn't love me, either. I could hear the words but I couldn't quite access them, couldn't quite accept that it was me living my life at that moment. Surely he was telling this to someone else, surely we would be together forever, the way we'd talked about. This was before I needed passion and wildness and to be on the verge of every emotion at once—I wanted safety and beauty, and he looked like Bob Dylan in the middle of the desert, and I thought that was what the love of my life could be.

Eventually I let out a laugh, the kind you might make in the middle of an emergency, just to hear yourself make a sound. Watching your life burn up—nothing left to do but ha. Ha. O. Kay. I was doing that slow-motion thing I do. I could feel myself delaying the inevitable: my life with him was over, a new life was about to start. When I walked through the door, five feet away, it would all begin, but I couldn't quite get there. I felt relief, even in that moment of agony—now I wouldn't have to marry him—but it was a story I'd told myself for so long that I wanted to delay the ending. Just one more minute.

*Are you okay?* he asked, after I don't know how long. *Yeah,* I said, and the word gave me enough strength to open the front door, push my bike out, and shut the door behind me. Two years. I was free.

I rode my bike up University Boulevard until I was out of breath. *Yeah*. We fell in love and fell out of it. That was the first time that had happened to me—it seemed impossible somehow. When I rode my bike alone at night in Tucson, it seemed as if I were the last person on earth. That's a wonderful feeling if you're a certain kind of person (I am).

Money needs us, depends on us to mint it, distribute it, exchange it, make it mean something, make it last. Dreams, on the other hand, don't need us at all. Some people have needed me, but the ones I wanted most didn't need anything or anyone.

My credit card debt gets higher and higher, seems to mean nothing. Maybe my monthly bill goes up \$50. That's nothing compared to the thousands that went to black dresses, leather boots, cross-country flights, hotel rooms—all things that made me happy in the moment that I received them or spent time in them, all things that didn't last. But no amount of money can buy the love I've had. The way I loved was so wonderful that it seemed as if it must belong to another person. In those moments, I wanted only what I already had. But then it became something else.

The bite marks on my shoulder, his voice: *Good luck hiding that*, and I didn't care, because it was the only proof I didn't dream the whole thing up. He was real, his mouth was real, and it had marked me in a moment of rapture. It was over much more quickly than it began, but when I turned in the mirror the next day, he was still a little bit mine.

The performance of wealth can't work on me if I refuse to watch. If I cover my eyes and my heart at last, at last.

I was miserable when I was too poor to go to the doctor, too poor to buy more than one meal a day. But, at the same time, everything I bought was accompanied by a new promise, a new possible version of myself—me with a clean home, new clothes, a toned body, a respectable level of mental health. I remember buying five-inch leather wedge shoes for \$300 because I fell in love with them on the Internet.

I copyedited an art magazine for free, for credit, for my résumé. It took me about twelve hours over the span of a few days. I was happy to do it, just to see my name on something (that old American urge). But then, the real payment: an invitation to the launch party at the Bowery Hotel. Finally, a reason to wear the five-inch leather wedges.

My feet hurt by the time I got there, but everyone was so fabulous, thank god I'd worn something besides my oversize James Dean T-shirt and black leggings. I saw one person I knew who worked at Acne Studios, and he introduced me to girls who worked at Opening Ceremony, but I already knew that because I'd seen their faces on the website, modeling the newest clothes.

I made my way to the bar to get the free cocktail that was made especially for the event. I saw Chloë Sevigny get one, and then Terry Richardson. By the time I got to the bar, the bartender told me they'd just run out of the free cocktail. I ordered a whiskey Coke and paid \$15 and left a \$1 tip and tried to make my drink last all night.

Someone I met introduced me to a painter who had recently appeared on a reality show. We flirted and he bought me another drink, and then I was drunk enough to spend the last of my cash on a third. I felt overwhelmed by the star power of the room, felt like a fake, so I welcomed his attention. An hour later, the party died down and we decided to walk back to the L together. As we walked up Third Avenue, we saw a sign for a fortune-teller—\$5 FACE READING. He took my hand, and we walked in.

The fortune-teller looked at my black clothes and told me, *You are an artist and you are very sad*. I forget what she told the painter. It was a bad reading, but it was a strangely intimate act. The painter smiled at me as the fortune-teller looked for something to say. It was the kind of thing that bonds you forever. But in New York, you can make a friend like that, do something you've never done with anyone, have the best of intentions to see each other, and then disappear. We stood very close on the packed L train at two in the morning, and then he kissed me on the cheek when I got off at Lorimer Street, and I never saw him again—in person or on television.

*You were in my dream but not in my life.*

In my freshman year of college, I'd very often stay up all night every Sunday and go straight into Monday unslept. It just didn't affect me; it was as if I didn't need sleep at all. My friend across the hall with the half-shaved head would come into my dorm room, and we'd do our homework together with all the lights on. Sometimes I'd go downstairs to get a sugar-free Red Bull from the vending machine, sometimes I'd just snack until

morning. I never remember feeling the pain of not sleeping. I just remember the joy of being awake with my friend when everyone else had given up.

I attribute much of my personality to spending so much of my childhood on camping trips. My parents hated spending money on flying and hotel rooms, but they also just wanted to be outdoors in nature, not depending on anyone but themselves and their car and their tent and their gas stove. I've slept on one-inch foam pads on hard gravel soil, so now I can sleep anywhere. I've gone days without a real shower, so now I rarely feel dirty. I've spent days without spending money, so now I see how it can be done.

Floating down muddy rivers in a life vest with my feet first, I never knew what I was going to find. I used to howl like a coyote into the canyon just to hear what kind of noises I could make. I used to stay up late with my father and his friends under the moonlight just to see who drank the worm at the bottom of the tequila bottle.

I often have dreams in which I want to wake up but can't. I want to be alive but can't. I want to stop spending money but won't. I want to live my actual life, not my pretend life, but I just keep swimming through my mind, living on debt and hope.

How can I trust love if I can't ever truly touch it? I can touch a body, a face, a man, I can even feel a heart beating—what other proof of life is there? But physicality is not love. Bruises on a shoulder blade, a body on my body, a paycheck, a love letter—all innocent symptoms of a hungry disease. I starve myself until I can't. I love until I die.

I look to America for ideas and fall short. As a woman, I think I'm supposed to be fit but waifish, nurturing but alluring, innocent but independent, beautiful but without trying. I think I'm supposed to have children and be married and own a house by now, I think I'm supposed to make art a hobby instead of a reason to live—that would be best for money for security for buying things I think I'm supposed to want.

I once loved so hard I almost lost everything, including his life, including my own. Only then did I realize: perhaps love's physicality is death itself. I think I was taught that love, in its ideal form, is like a newborn baby: full of possibility, still warm from the heated privacy of the womb. But I think, at the end of my life, I won't see a figure cloaked in black velvet or a swirling void waiting to take me—I will see the face of love. It will be

a recognizable light, the one that lived behind all those other faces I knew up close, the light I suspected but could never prove. When I see the face of love, I won't be afraid. I will see what I've been searching for all my life.

### *The New Love*

You look away: the new love!

You look back,—the new love!

—ARTHUR RIMBAUD, “To a Reason”

### *I went to San Diego and I didn't tell anyone*

Only my boyfriend, Cody, and his friend with the Corolla knew where we were going—we didn't have maps or the right kind of phones, just a highway we thought looked right. San Diego was eight hours away, so we left Tucson in the afternoon and, by sunset, realized we'd gone the long way. The two-lane highway wound up steep khaki-colored mountains where the radio turned to static and our phones went useless. The sun met the asphalt that met our eyes as we curled around each unprotected cliff—one wrong turn and we'd know. I was in the backseat, gazing at Cody's head in front of me in the passenger seat. I saw the way hot air roared through his open window and then his hair and then mine and I thought that meant whatever happened to him also happened to me and that must mean we were bound.

The day before, I'd taken notes in a lecture hall for my Psychology 101 class. My teacher walked up and down the aisles with a hands-free pop star-style microphone that clipped to her ear and hovered just above her mouth. She discussed the power of suggestion—the phenomenon of students experiencing the symptoms they read about. *For example*, she said, referencing a chapter we'd read the week prior, *you're not actually depressed, you only think you are*.

She also taught us the term *peak experience*, which psychologist Abraham Maslow wrote about in his book *Toward a Psychology of Being*. While collecting data in 1968, Maslow prompted a group of students to write about their own experiences by saying: *I would like*

*you to think of the most wonderful experience or experiences of your life: happiest moments, ecstatic moments, moments of rapture, perhaps from being in love, or from listening to music or suddenly “being hit” by a book or painting.* Symptoms include loss of judgment to time and space, feeling whole and harmonious, and complete mindfulness of the present moment without the influence of past or expected future experiences. Sitting in the lecture hall, I couldn’t remember ever feeling that way.

Our friend in San Diego answered the door with a little green bird perched on his shoulder. Behind him, a group of people sat on the floor, smoking cigarettes. I watched the bird move from his shoulder to his shirt collar and then disappear under the fabric, and our friend said, *He likes the warmth of my armpit*, and then, *Let’s go to Coronado Island*. We loaded up two cars full of people and went to see about the salt we’d been smelling.

The hotel for rich people sat there like a prop as we walked around it to get to the beach. I kept waiting for someone in uniform to come out and tell us to go home or be quiet, but no one did. We were left alone with the fog on the beach, and I didn’t need to feel the cold water for myself—I sat in the sand, watching everyone else hurry toward it.

I’ve tried before to write about Cody emerging from the fog, but I always end up cutting it out. This time, maybe I can get it right: I think it was his shoulder that first cut through the haze and made him identifiable. I think loving him that year was one of the best things I ever did. I think, at first, he was just a shape, like a memory recalled too many times—each time, he was a new story with a different ending—but as he got closer, I think the lights from the hotel made his face glow and I felt as if I was seeing him for the very first time. *I think I’m having a peak experience*, I said, and he asked, *What’s that?*

### *I went to Los Angeles and I didn’t tell anyone*

Goodbyes bored and embarrassed me—I didn’t make a show of the move, I just shipped a few boxes and moved in with someone from the Internet. I thought living on Sunset Boulevard seemed glamorous, but each morning I awoke to a new layer of black soot on the windowsill. My address ended with a fraction, my room was painted lime green, and my bed folded back into the wall like a lie. One day, my roommate bought a taxidermy

wolf in a howling position, and when I encountered it for the first time, in the middle of the night, I thought I must be dreaming.

My friend got married in the Los Angeles River, which turned out to be just a concrete ditch with a stream—an afterthought—trickling through it. That day, my friend's therapist played the role of ordained minister and said, *The thing about him is he turns everything into art.* His wife wore a gold dress that glittered in the daylight. I wore a bow tie and met a man from New York who also wore a bow tie and that was enough for us to end up in my lime-green room together that night. When I turned to him, I saw the moon gave my bed a suggestion of fullness, gave that man a kind of halo.

I'd been trying to turn my life into art, but I wasn't sure what form it should take. I played guitar with half-callused fingers; I found a discarded headboard on the side of the road and tied a hundred rope knots around it. I rented a studio so I could feel like an artist, and that worked for a while. I taped parts of essays to the wall in order to liberate them from my hard drive—to see them as whole. Rearranging them felt good, throwing them away felt even better. I was getting closer to saving only the most rapturous moments of my life. I disposed of memories until everything served me.

*Isn't this where James Dean stood in that knife-fight scene?* the man from the wedding asked, and I said, *I think so.* We could see the entire city from the Griffith Observatory, but we still took the elevator to ascend one floor higher. In line for the telescope, he squeezed my arm in segments, up and down, until I asked him what he was doing and he said, *I want to understand this little arm.*

When we reached the front of the telescope line, an employee said the winds were too strong to see Jupiter clearly, but *look if you want.* We wanted. The crisp outline of the planet appeared, then faded.

My roommate asked to take my portrait in the living room. *Okay, now look out the window,* he said. I watched the neon sign at the hardware store light up as the sun went down. The traffic, ugly as ever, made its sweeping sounds. *Okay, now look back at me.*

I once wrote a birthday poem for the man in the fog. After I read it aloud, I could tell he didn't get it and maybe didn't even like it, but a year later, he calls, says he found it when he moved and *it is so beautiful now*.

When the sand gets in our eyes, we blame the shifting of the ground; we feel the world adding itself up. The old love was a meadow where deer approached if you stayed still long enough. The old love was a staring contest in which blinking meant you were still playing. The old love was a basket of fruit begging to be painted, and sometimes we did paint it.

### *I went to Phoenix and I didn't tell anyone*

I didn't want to see people in my hometown; I was tired of asking the same three questions and listening to three inevitable answers. I thought I could just see my family and that'd be it—I watched my little cousin watch my mother sew a clear vinyl square into a piece of red fabric before draping it over a card table. *See?* my mother said, pointing. *Now it's a house*.

My mother was always so gentle with me when I felt depressed—I'd have my blinds closed and lights out in the middle of the afternoon, weeping over some middle-school injustice—and she'd sit at my bedside, asking if I wanted to talk about it. Sometimes I did, but other times I really, really didn't. She'd always say I'd feel better if I talked about it, but I wasn't sure she could know that. I liked the intensity of emotion, even if it was bad, and that's how I am now, too. Talking it out or walking it off dissipates whatever I'm feeling, and soon after that, it's really gone.

When I was in third grade, my friend's mother was a judge with her own courtroom, so our Girl Scout troop went to see her in action. When she used the gavel, we wanted to cheer, but we knew enough to stay quiet. Our troop leader took us back outside when we were done and said, *See? You can be anything you want to be*. But we weren't looking at her. We were watching the handcuffed men step off the bus, we were making eye contact. One of the men stuck his tongue out, aimed his crotch at us, and thrust against the morning air. Another called out, *Don't end up like me, girls*. In straight-faced unison: *We won't*.

When we were sixteen and the moon looked full and my friend's friend with the sports car got his driver's license, he drove so fast I swore we would die. The driver stayed very quiet and still as he shifted from gear to gear, then, when he reached ninety-five on the fifty-five-mile-per-hour-limit freeway, he laughed and laughed in a way that told me we were certainly, definitely just about to die—he was taking us with him. The fuller the moon, the crazier we felt, the more alive we wanted to be. Somehow we survived. I arrived at my childhood home in the same body I left in, delivered by a boy who wanted to die but never did.

*You can't just keep running*, a teacher told me once. But in the new love, I'm pretty sure I can. I had my passport photo taken with a Polaroid film camera that shot two images simultaneously. In one photo, I'm looking at you—the other, away.

*I went to New York and I didn't tell anyone*

I didn't tell my friends I was visiting, I didn't tell anyone I was in love. I slept in his bloodred room under black sheets and the pentagonal glass lantern where a candle burned. I was afraid of falling asleep in the middle of a fire—I kept so much unwritten. The more I wrote, the more my secrets felt like the only things that were truly mine.

I didn't tell anyone what kind of sex I'd had, not even the doctor at the urgent care facility I went to a week later once I'd realized what was wrong. Urinary tract, I knew, but I still had to pee in a cup to prove it. The doctor took one look and said, *That's infected infected*, as if I'd lived twice.

The concept of *getting something out of your system* implies the person is capable of learning from her mistakes. But what if she loves her mistakes more than her life? I long and long—my acting is an attempt to cancel something out. *There*, I say, putting lipstick on a face. Now I know what that's like.

Peak—the height of Bear Mountain. And no, not even that—the highest point was in fact an observation tower on top. Up four flights of stairs, I could see over the mountains and through the clear day: the Manhattan skyline I'd left that morning.

I want to be a building that bends with the wind. I want to be designed that way. I give.

The loudest of voices are the ones heard, but what of the smallest one, strengthening?  
What of the orchid in the window, getting just enough light?

*I went to the gallery on Thirty-Sixth Street and I didn't tell anyone*

A performance artist hired me and thirty other people to help with her show, which hadn't yet been announced—we were told to keep it quiet. Our training involved eight hours of concentration and endurance exercises. In the middle of the first day, we broke off into pairs and stood facing four feet from each other. We stood in place for thirty minutes, but after ten of looking into my partner's eyes, I saw her face transform into a monstrous version of itself. She'd started childlike—rosy and dimpled—but then her skin turned tough and gray, resembling that of a blond rhinoceros, and then she was weeping onto the butcher paper we stood upon. I could hear the wet drops hitting the paper and expanding, but I didn't look down. I kept my eyes on her eyes, trying to give her my strength, which felt unending for some reason. I thought maybe I'd found the one thing I was truly good at: remaining motionless while someone else cried. A few minutes before the timer stopped, she collapsed and steadied herself on the floor. I thought maybe we were bonded forever, but we didn't speak that day, and then I never saw her again.

Another exercise consisted of sitting and gazing at a white wall. To my surprise, it was more difficult than the standing exercise. After just a few minutes, I saw colorful lights flickering, and then I saw my spine represented as a hairline crack in the paint—I saw bone, joint, marrow, fluid, cell. I saw my whole life in little jars of heat, stacked on top of each other. When I heard someone say, *Time's up*, I realized I'd been crying this time.

Who could blame me for seeing only what I wanted to see? Who could accuse me of anything? I loved everything that didn't love me back; it was the easiest thing in the world. Back then, I believed in change. I believed scaffolding was the same thing as structure. I thought I could build it.

When the show opened, it was my job to blindfold visitors, place noise-canceling headphones over their ears, and guide them slowly into a large room they hadn't seen.

The idea was that the room would generate its own energy based on whoever was inside. People stood still, paced around the perimeter of the room, kissed, fell asleep, stayed ten minutes, stayed five hours. Sometimes they accidentally tried to walk through the exit—an open doorway—and it was my job to guide them back into the room without startling them. In my journal I wrote, *I'm paid to be a ghost.*

The old love was a bullet in the arm outside of a hospital—not ideal, also not deadly. It didn't mean our enemies didn't exist, that our wounds would heal any differently, that we'd see our lives flash, that we'd have some sort of epiphany. There was no guarantee, only possibility, which I may have loved more than my life anyway. But now, the new love is lying on the sidewalk, waiting for someone to carry it inside.

*I went to the apartment by Central Park and I didn't tell anyone*

When he and I drank enough, each moment seemed like its own entity—I acknowledged the past as feasible, but I didn't see myself as *accumulating*. With this man who was not my boyfriend, I felt new, just born, and we slapped each other like doctors reminding themselves to breathe. He lifted his cup to his lips, and I asked, *Are you trying to send me a message?* One glassy look, then home.

When he loosened the tie from his neck, bound my hands together behind my back, said, *I'm not done with you yet*, I felt as if I were dreaming. And if I were dreaming, then maybe I could wake up. Maybe I could keep making decisions outside of this one. If I were dreaming, then this was just a phase. If I were dreaming, then I could tell my boyfriend all about it, we could laugh later. Why was I laughing, then?

I laughed because no one knew where I was, which meant I was free. I never felt that way.

Clean like evidence, sealed off like a jury, I'd like to be a court document—available by request. I will pour myself into boxes, I will be released. Someday.

I'll say your name fully and often, the way they do in movies. You'll hear the shape of my mouth summoning you, singled out at last—you'll like it. I'll meet you at the barstools

and you'll touch my hair and I'll take home everything you say. Don't you know you can't trust a writer? She'll see a cigarette and call it a house fire. She'll take a suggestion and turn it into a crime scene. She'll wrap herself up in caution tape. She'll write you down.

No one can make me face myself, no one can force me to confess. It's so easy to identify the right choice, but so difficult to choose wisely when I feel my life might last forever. Tonight I'm someone else, I'm using abandonment as a reward for work. I saw a man emerge from the fog as if he were born from it, and I thought, *This is a peak experience*, because I knew it was about to end.

The old love was broken windows with apple pies cooling on the sill. The old love was a desert island with white sand drifting upward like smoke when I waved to the rescue plane. The old love was a theater with its birth year carved in stone above the entrance. *You can't take a photo of the stage*, the usher warned, and the woman in the second row said, *I'm taking a picture of myself?* She said it like that, with a question mark at the end, a maybe. The new love is half human, half stage—we perform until we get it right. The new love is an incision where no one can see it, a bed folding into itself. The new love is a careless archive, just put it somewhere and hurry up would you.

## 5.2. Texto traducido

### *Cartas rojas de un planeta rojo*

#### *1. Primavera*

En Tucson, montaba en mi bici hasta que el calor se convertía en otra cosa, algo vivo, algo que podía hacer mío—mis mejillas se enrojecían, sudaba toda el agua que bebía y me daba igual—así era como me movía de aquí para allá con treinta y cinco grados a la sombra. La casa donde vivía era tan vieja que le decía a la gente que estaba embrujada, aunque no tenía ninguna prueba. Me gustaba la semana de los exámenes finales, cuando la biblioteca estaba abierta toda la noche y nadie sabía dónde encontrarme. En aquella época no escribía un diario. Estaba demasiado ocupada, o eso pensaba, pero sobre todo pensaba que las cosas importantes se quedarían conmigo. Puede que haya sido así.

La segunda máquina del equipo ya había sido catapultada hacia Marte cuando empecé a trabajar en el centro de operaciones. El primer intento había explotado después de un fallo durante el aterrizaje unos años atrás. Tendríamos que esperar nueve meses para estar seguros, pero decían que esta vez saldría bien.

La *Phoenix*—o, como escribiría más tarde en los comunicados de prensa, la sonda espacial *Phoenix Mars Lander* de la NASA—iba de camino al hemisferio norte del planeta, la región polar. Su brazo robótico estaba diseñado para extenderse y excavar el terreno hasta encontrar agua congelada, pero nadie sabía exactamente qué se escondía bajo la superficie. Era el año 2008 y nunca nadie había enviado nada a la cima del planeta rojo. Yo estudiaba la carrera de periodismo y casualmente la directora de relaciones públicas necesitaba una asistente. La ayudaba a escribir pies de foto para las imágenes que se publicaban con los comunicados de prensa todos los días. Mientras la sonda navegaba por el espacio, el equipo se reunía en un almacén de Tucson y esperaba.

Una noche desde el porche, en la fiesta de mi amiga, oí el *shhh shh* típico de los *sprays* de pintura. Cuando miré hacia la valla de madera que había al otro lado de la calle, vi a unos hombres de espaldas a nosotras, llevaban sudaderas con capucha y movían los brazos arriba y abajo mientras pintaban sus nombres.

Se acercaron a la fiesta, se quitaron las capuchas y se subieron las mangas, dejando ver los tatuajes de sus brazos y llenando el porche con restos de olor a pintura. Cody era el que más destacaba entre ellos—no era la primera vez que admiraba sus pronunciadas facciones desde la distancia. Siempre me han gustado los hombres que parecen de otra época. Nos habían presentado una vez en The Grill, el restaurante abierto veinticuatro horas con paredes azules y un cartel de neón que decía: ABIERTO HASTA MÁS TARDE DE LO QUE CREES. En la fiesta, en el porche, me dijo, *Soy Cody*, y yo le dije, *Sé quién eres*.

Por la noche el centro estaba desierto—ni siquiera a la policía le importaba que Cody y sus amigos pintaran sobre la ciudad como si fuera suya. A la mañana siguiente, siempre aparecía un operario de algún tipo, equipado con un rodillo blanco y un cubo. A veces, Cody llegaba antes que ellos y podía hacer alguna foto a la luz del día antes de que su nombre desapareciera bajo más pintura. Un edificio por noche—es todo lo que consiguen algunos hombres.

Cody y sus amigos se paseaban por la ciudad como si fueran reyes y al final todo el mundo los empezó a tratar como tales. La gente se apartaba para dejarles paso en la acera y los bares les prohibían la entrada por pelearse, lo que los hacía todavía más temidos. Si veías a uno significaba que los demás andaban cerca. Controlaban el centro de la ciudad, ocupando los sitios que sus padres habían dejado atrás—hombres traicionados por la policía, algunos en la cárcel, uno asesinado.

Cody tenía los lóbulos de las orejas largos y caídos, con agujeros del tamaño de una moneda de veinticinco centavos por las dilataciones que había llevado tiempo atrás. En una fiesta de cumpleaños, en el patio de alguien, me dijo que ya no se ponía las dilataciones y que pronto le coserían las orejas para que parecieran normales otra vez. *Los echaré de menos*, dije sentándome en su regazo, y cogí el tapón de mi botellín de cerveza y lo metí en uno de los agujeros. Nunca me había sentido atraída por alguien que me diera miedo, pero supe que Cody era tierno porque no fue capaz de mirarme a los ojos cuando finalmente me armé de valor y lo toqué. Era un tipo duro, grande y tatuado, como el chico malo con el que soñaría un director de *casting*, pero cuando me besó, sentí algo específico.

Los golpes que daba Cody cuando llamaba a mi puerta sonaban como una advertencia, y yo siempre respondía. Me gustaba sentirme reclamada. Una vez vino a mi casa a media mañana para conocer a mi amigo que había venido de visita. Ni siquiera se sentó, se puso a dar vueltas por el salón mientras yo intentaba sacar algún tema de conversación. Después de un rato, señaló su mochila que estaba en el suelo y dijo, *Tengo que repartir eso. ¿Drogas?*, pregunté y él sonrió, *Nunca lo diré*, dijo, y se fue.

Yo coleccionaba secretos como botes salvavidas y allí estaba a salvo. Nunca llegué a conocer toda la historia, solo lo justo para estar de su parte. Una noche uno de sus amigos durmió en mi sofá mientras los coches de policía patrullaban por nuestro barrio buscándolo. Otro de sus amigos fue a Nogales y en la frontera casi no le dejaron volver a entrar. Sabía que las peleas estaban mal, pero estaba tan enamorada de Cody que acabé creyendo lo mismo que él: que algunas personas se merecían una paliza. Los hombres creían que su maldad los hacía especiales, y yo creía que mi devoción a su justicia autoimpuesta me hacía especial, y puede que todos tuviéramos algo de razón.

En el trabajo, deambulaba por el centro de operaciones bebiendo *espresso* gratis que nos daba una empresa porque creían que éramos astronautas. Yo era la única persona a la que le importaba el *espresso*—incluso tuve una discusión con un ingeniero que decía que el café de filtro era más potente. Nadie sabía qué hacer más allá de fingir preparativos—la sonda surcaba el espacio y nosotros estábamos a las puertas del todo o de la nada. Para mí era un trabajo de media jornada, pero algunos hombres habían dedicado toda su vida a este aterrizaje, y ya habían fracasado antes.

Para preparar el aterrizaje, mi jefa y yo ayudamos al equipo a ensayar lo que tenían que decirle al público, que tal vez no entendiera bien los tiempos. *Aseguraos de explicar que la señal podría llegar más tarde*, dijo mi jefa. *No siempre nos llega al momento*.

Durante la semana de exámenes finales, cogí mi rotulador fluorescente y llené mi libro de geología de rayas amarillas. Yo aprendía sobre mi propio planeta—sobre sus tensiones y los movimientos que provocaban. Me gustaba la inevitabilidad de la naturaleza, la violencia necesaria para que la Tierra perdure. En el anfiteatro había un centenar de estudiantes, pero la profesora había pedido que le mandáramos una foto para memorizar nuestras caras. Y efectivamente así lo hizo. Yo me asustaba cada vez que levantaba la mano y me daba cuenta de que todavía se acordaba de mi nombre.

Los pasillos del centro de operaciones estaban vacíos la mayor parte del tiempo. Y si me cruzaba con alguien—incluso si yo saludaba—normalmente apartaban la mirada. La sonda estaba a punto de llegar después de un viaje de nueve meses y 225 millones de kilómetros, pero todavía no había nada que hacer. Yo hacía ver que era una científica y los científicos hacían ver que trabajaban—o puede que trabajaran de verdad, solo que yo no sabía qué hacían.

La sonda *Phoenix* medía dos metros de alto y cinco de ancho y pesaba 350 kilos. El 25 de mayo de 2008, nos reunimos en el centro de operaciones y esperamos a que la *Phoenix* descendiera a la atmósfera marciana, activara su escudo térmico y redujera la velocidad hasta los 150 kilómetros por hora. La sonda sobrevivió a lo que todos llamaban los *siete minutos de terror*—una caída libre, un paracaídas azul—y luego aterrizó tal y como habíamos esperado. Los paneles solares se desplegaron y empezaron a absorber luz. Los hornos ajustaron su temperatura. La máquina sacó una foto de sus patas y nos la envió.

Cuando las imágenes aparecieron en la pantalla una hora más tarde, la sala estalló en aplausos. Me sentí como una impostora—¿cómo había llegado allí? Cuando vi que todos a mi alrededor lloraban de alegría, intenté hacer lo mismo. Nunca antes había sentido que estaba en la misma habitación que la historia.

Al día siguiente, escuché a alguien en una conferencia de prensa que decía: *Encontraremos agua; está ahí*. Lo dijo con el mismo tono que yo usaba para proclamar mi amor por alguien.

## 2. Verano

Cody era alto, pero tenía una postura terrible, como si no hubiera evolucionado del todo. Por eso, cuando iba en mi bici, lo reconocía desde la otra punta de la calle, y así podía pasarme los minutos que nos separaban anticipando su llegada. Cuando cambiaba la música en el tocadiscos de mi apartamento, siempre hacía girar el disco sobre su dedo y me decía que mirara. Se le daba bien, el disco parecía sonar con la electricidad que él producía. Recuerdo que fue el primer hombre al que le dije, *Me encanta tu cuerpo*. No recuerdo qué dijo él sobre el mío.

Yo siempre estaba dormida cuando se metía en la cama y se tumbaba encima de mí, una vez acababa de pintar sus grafitis—otra noche sin que lo pillaran. Por la mañana, yo siempre me despertaba antes, pero me quedaba debajo de él todo el tiempo que podía, memorizando sus tatuajes, como si algún día fuera a tener que describirlos para que lo encontraran y me lo devolvieran, a mí, la única persona que se sabía todo su cuerpo de memoria.

Una vez, poco después de medianoche, llegó con los nudillos ensangrentados y los tejanos rotos. No era raro que acabara sangrando, pero era la primera vez que venía a verme después. Encontré una regla lila translúcida en mi escritorio, la partí por la mitad y le hice una férula para inmovilizarle el dedo anular. Me contó la historia mientras yo limpiaba el color rojo de sus manos, de su camisa, de mi suelo. Me besó en la encimera de la cocina y cuando mi teléfono sonó lo tiró al otro lado de la habitación. Yo todavía no sabía quién era, pero veía la oportunidad de convertirme en una cierta clase de mujer. El dolor me sedujo pero respondí con otra cosa.

El día marciano, llamado *sol*, es cuarenta minutos más largo que un día terrestre. Eso significaba que cada día íbamos a trabajar un poco más tarde y salíamos un poco más tarde, hasta que pronto empezamos a entrar en mitad de la noche. Las fotografías llegaban horas antes que yo—como una serie de ceros y unos.

Las cámaras de la *Phoenix* funcionaron mejor de lo que se esperaba. Una tarde, la sonda capturó una imagen del amanecer después de la «noche» marciana de setenta y cinco minutos. La imagen parecía evidente, pero el pie de foto explicaba, *La luz del cielo que aparece en la imagen es luz dispersada por partículas de polvo atmosférico y de cristales de hielo*. Creíamos saber exactamente lo que veíamos.

Una noche en The Grill, un pintor me miró demasiado rato, y Cody le preguntó cuánto le gustaban sus manos: *Apuesto a que las usas mucho*. Otra noche, Cody señaló la rueda delantera abollada de una bicicleta roja, atada a una valla, y dijo: *Ahí es donde estaba su cabeza*. Si estaba sola en un bar y alguien se me acercaba, alguno de los hombres aparecía y me preguntaba, *¿Te está molestando este tío?* y yo decía que no, porque ya había desaparecido. Me sentía segura en su pequeño reino, especial, pero lo que pasaba en realidad es que yo vivía en un rincón de mi mente y el mundo real estaba en otro.

Una noche que no tenía como volver a casa, uno de los amigos de Cody me acercó en su Cadillac azul claro y me preguntó: *¿Qué hacías por ahí tan tarde?* Mientras las farolas brillaban a través del parabrisas, vi como relucía la pistola que llevaba en la cadera. En Arizona era legal llevar un arma siempre y cuando fuera visible, al estilo del salvaje Oeste. Pasamos por delante del hotel donde, en los años treinta, John Dillinger se dejó 23.000 dólares durante un incendio, el mismo hotel que tenía en su lista negra al amigo del Cadillac. Yo admiraba esa manera que tenían de moverse por el mundo, haciéndolo suyo.

En el Centro de Operaciones Científicas Phoenix, un grupo de investigadores del sueño de Harvard vino a instalar cajas azules en nuestros escritorios. Un grupo de científicos recibió instrucciones de mirar directamente a la luz solar simulada durante una hora cada día. Al otro grupo le pidieron que no mirara.

Solía sentarme en la barra con la mochila de la escuela todavía al hombro, sorbiendo *whisky* con Coca-Cola y fingiendo que no oía nada de lo que decían aquellos hombres. Pero sí que lo oía, y una vez me preguntaron, *¿Crees que está mal cortar un dedo?* Les dije que no, no si alguien realmente se lo merecía.

Incluso ahora, siento la necesidad de proteger sus identidades como ocurre en el cine negro—me niego a delatarlos, incluso bajo interrogatorio. Quiero volver a verlos. Estaba claro que yo era un accesorio, un cuerpo cálido, una habitación para dormir, pero sentía que me decoraban como a uno de sus edificios. Su violencia era cegadora, su luz inconmensurable. Cada vez que intentaba tomar una foto de alguno de ellos, miraban hacia otro lado o aparecían como un halo, como si los hubiera soñado.

Pero los sueños no dejan sangre en la funda de la almohada, no se meten en la cama oliendo a pintura de *spray* y a otras mujeres, no escriben su nombre en las paredes ni en mi muslo, no acaban el instituto ni piden perdón. Ellos esperaban hacerse ricos. Cada vez que llovía sabíamos que había pasado otro año.

En el centro de operaciones había una réplica de la *Phoenix*. Estaba construida a escala y parecía real. Cuando hice de guía para una clase de secundaria, un estudiante se quedó mirando la sonda y preguntó, *¿Cómo volverá a la Tierra?* y le dije, *No volverá.*

Muchas de las imágenes para las que escribía pies de foto eran en realidad fotomontajes: diferentes cámaras capturaban diferentes ángulos y las imágenes se tenían que volver a juntar. Para cuando yo las veía, ya parecían completas.

### 3. Otoño

Cuando en las fotos aparecieron unos extraños montículos de tierra sobre la llanura marciana, uno de los científicos dijo, *Suponíamos que habría remolinos de arena, pero no sabemos con qué frecuencia. Podría ser que fueran poco comunes y que la Phoenix haya tenido suerte.*

La mayoría de las noches, Cody esperaba que lo pillaran mientras pintaba su nombre. *Un día se me acabará la suerte*, decía, pero nunca paraba.

Corría el rumor de que la policía tenía carpetas llenas de fotos de grafitis, organizadas por nombre, con la esperanza de capturarlos algún día. A un amigo del amigo de Cody, lo pillaron pintando un cartel de la autopista y en el juicio, la fiscalía mostró montones de imágenes de paredes con la misma firma. Lo metieron en la cárcel por la suma de todas esas fotos. Los otros hombres se preguntaban si habría carpetas dedicadas a ellos. Cuando hablaban del tema, sonreían.

*La sonda Phoenix de la NASA podría asomarse bajo una roca*—ese fue un titular. El equipo pensaba que podría haber hielo. El brazo robótico se extendió.

Conocí a un hombre que me halagaba todo el rato, pero en lugar de sentirme admirada, me ponía nerviosa. Me di cuenta de que Cody y sus amigos nunca me miraban directamente. Resultaba reconfortante. A veces sentía que me hacían un favor.

La roca que había cerca de la sonda se llamaba Alicia. La zanja que empezó a cavar la *Phoenix* se llamaba Blanca Nieves. El brazo robótico cavaba cada día un poco más. Y entonces, después de rascar cincuenta veces, apareció un cuadrado blanco, justo lo que los científicos deseaban encontrar. Estaba programado que la mezcla de tierra y hielo se vertiera en un horno y se cocinara. De la muestra dijeron que era *casi perfecta*.

Pero el brazo falló, el movimiento fue impreciso y la muestra no entró en el horno. Extracto del comunicado de prensa: *Repetiremos las acciones que hemos llevado a cabo con éxito y haremos pequeñas modificaciones que se ajusten a lo que hemos aprendido.*

En aquel momento ya lo sabía casi todo sobre Marte—la temperatura, la presencia de la capa de hielo, la velocidad del viento—pero cuando intentaba describir a Cody a alguien que no lo conocía, todo lo que sabía decir era: *Tiene algo que me atrapa.* Hacía gestos como si tirara de una cuerda imaginaria que salía de mi estómago, y seguía tirando sin parar. Regresar a mi antigua vida siempre me había parecido inevitable, pero ahora me sentía tan lejos...

Eran hombres que se enamoraban, pero no del todo, querían una madre, pero en realidad no, querían una puta, pero no todo el tiempo, querían que yo estuviera allí, pero callada, y a mí me gustaba intentar ser todas esas cosas a la vez. Cody decía que quería tatuarse la palabra *amor* en el cuello, y cuando le pregunté por qué, dijo: *Para recordar a todas las personas a las que he llamado amor.* Le dije que era mala idea, pero en realidad solo quería ser la única a la que llamaba amor, quería ser la palabra que ocupara su garganta.

#### 4. Invierno

El centro de operaciones intentaba contactar con la *Phoenix* en Marte, pero no recibíamos respuesta. Contrarrestamos el silencio con otro comunicado de prensa: *La Phoenix no fue diseñada para sobrevivir al gélido y oscuro invierno.* Aún así, seguimos escuchando.

Empecé a pensar que al final pillarían al amigo de Cody, el del Cadillac. Veía a hombres haciéndose daño, saltando vallas, siendo esposados, yendo a la cárcel. Ya lo habían detenido dos veces por otras cosas; una tercera parecía inevitable. Un día, vio a un hombre durmiendo en un coche de policía camuflado delante de su casa. Otro hombre lo siguió cuando iba a trabajar. Así es como acaban estas cosas, pensé, acordándome de una película. Me podían dejar atrás en cualquier momento.

Vi como un científico colocaba un trozo de papel negro encima de la caja azul de luz, luego lo levantó lentamente y dijo, *Eclipse total.*

Sabía que había tres chicas con el pelo negro encrespado y los párpados aceitosos, pero no sabía que vendrían a por mí. Sus vaqueros cortos dejaban ver el color morado-verdoso de sus cardenales y sus bolsos eran tan grandes que podían llevar botellas de cerveza Mickey's de un litro. A mí también me gustaba beber, pero no de esa forma—a ellas no les importaba si morían o no, no les importaba quién era de quién, se presentaban en las fiestas y de repente había una hoguera en el patio trasero, de repente se encendían los cigarrillos con las llamas. Una de ellas tuvo cáncer en algún momento, perdió todo el pelo y sobrevivió.

*Cody y yo nos hemos acostado*, me dijo una de las chicas por teléfono una noche. *No sabía que todavía estabais juntos*. No me molesté en levantarle la voz a alguien que parecía decir la verdad, alguien que parecía arrepentida. Le hice preguntas logísticas: ¿Se puso condón? Sí. ¿Sabía quién era yo? Más o menos. Pensé que, si tenía información, podría tener control. Pensé que, si mantenía la calma, podría evitar que fuera verdad. Esperé a que Cody volviera a casa.

Cuando le pedí explicaciones, me hizo llamar a sus amigos para que me confirmaran que la chica no era de fiar. *Está celosa*, dijeron algunos. Otros directamente la tacharon de loca. Como si Cody creyera que a cuanta más gente llamáramos, más inocente sería él. Sabía que era culpable, pero dejé de resistirme y empecé a escuchar el sonido de sus mentiras. Se convirtieron en una especie de coro de hombres que se querían los unos a los otros. Y cantaban su canción.

A la mañana siguiente, ella me envió un mensaje de texto, *Me temo que te crees lo que te ha contado*, y era verdad, lo quería tanto como para mirar hacia otro lado. Tanto como él me quería a mí. Estábamos en paz.

Pie de foto para una imagen de la escarcha matutina de Marte: *Esta imagen en falso color ha sido mejorada para mostrar las variaciones de color*.

Una vez hablé de Cody en un ensayo, pero lo escribí mal: lo pinté como el villano. Olvidé que las mujeres también pueden equivocarse—olvidé que yo podía equivocarme. Contra toda lógica, percibí el roce de una mano quemada como algo grandioso. Espero volver a cometer un error así algún día.

La señal de la sonda *Phoenix* murió oficialmente cuando apareció hielo en los paneles solares. Los intentos de contactar con la sonda se llamaban *campañas de escucha*.

Del comunicado de prensa: *La nave espacial Phoenix tuvo éxito en sus investigaciones y superó su vida útil prevista. Aunque su trabajo ha terminado, los análisis continuarán durante algún tiempo.*

Limpiamos nuestros escritorios, borramos nuestros discos duros, salimos a comer, pedimos patatas fritas con *bacon* y salsa ranchera. El investigador principal de la misión *Phoenix* habló con la prensa: *En alguna parte de esa inmensa región habrá lugares que son más habitables que otros.*

Algunos hombres nunca me amaron. No me importaba. Sus nombres sonaban a respuestas y yo los usé como si lo fueran.

En una de las últimas fotos de la *Phoenix* que recibimos, sus paneles solares parecían un paraguas que protegía la—aquí quiero escribir *tierra*, pero no es correcto. El polvo lo teñía todo de rojo. Entonces las fotos dejaron de llegar.

Cody seguía pasando toda la noche fuera. Yo seguía sin decir nada, seguía pensando que al final volvería conmigo para siempre. En mi habitación entraba demasiada luz para dormir, así que me tapaba la cara con la almohada y exhalaba en su oscuridad. Veía cosas preciosas.

## *Mujer sencilla*

Lo *sexy* caduca. A la belleza, en cambio,  
le sienta bien un toque arcaico: no nos necesita.

—JAMES RICHARDSON, *Vectors*

El lujoso gimnasio que hay cerca de Bryant Park en Manhattan cuesta 220 dólares al mes. Me apunté por internet, a altas horas de la madrugada, sin pensar demasiado, buscando algo que me hiciera feliz. El dinero puede tener ese efecto si se lo permites—si cierras los ojos y entras en su sueño, donde vas bien vestida, estás en forma, eres exitosa y estas enamorada justo de la persona indicada. Mi anterior gimnasio costaba 30 dólares al mes, pero el sentido común se pierde fácilmente en la infelicidad: el nuevo precio parecía justificable ya que habría pagado casi cualquier precio para convertirme en una persona nueva.

Las cintas de correr del gimnasio de lujo ofrecen una selección de videos para ver mientras corro. Los videos que voy pasando en la pantalla táctil tienen escenas de ciudades lejanas, de bosques, de desiertos. Me olvido de que estoy en un sótano, corriendo sin avanzar, o al menos esa es la idea. Algunas escenas recorren lugares donde solo llegan los drones: bordes de acantilados, saltando de una piedra caballera a la siguiente, o a través de un cañón inundado. Pago para usar la cinta de correr a pesar de que podría correr en la calle. No es lo mismo. La calle esta llena de coches que se saltan los semáforos en rojo y de hombres que me gritan cosas y de hormigón implacable. Correr en la calle es real, pero yo quiero lo menos real: quiero que el camino se despliegue frente a mí en una pantalla, quiero correr por un lugar en el que no he estado nunca.

Nunca he hecho ejercicio, ni siquiera cuando era modelo. Entonces mi única preparación era no comer el día anterior. Siempre había comida en el set, pero a nadie le importaba si comía o no, solo les importaba cómo me quedaba la ropa y cómo movía el cuerpo frente a la cámara. Me gustaba que fuera así.

Lo que más echo de menos de ser modelo, a parte del dinero, es como me tocaban en el set. Siempre había alguien que me ayudaba vestirme, o que me aguantaba la ropa por encima de la cabeza para no manchar el cuello de maquillaje, o que me ajustaba la ropa

sujetándola a mi espalda con pinzas invisibles desde el frente. Echo de menos la manera en que el maquillador me empolvaba la cara mientras otro estilista me arreglaba el pelo, y lo colocaba para que cayera perfectamente repartido por delante de mis hombros y no por la espalda. Mi madre solía acariciarme la cabeza o los brazos cuando veíamos la televisión juntas y el tacto de los estilistas me transportaba a ese lugar de mi infancia.

Cuando empecé a hacer de modelo, los únicos trucos y métodos que conocía eran de *America's Next Top Model*—sonríe con los ojos; pon las manos en las caderas y si llevas alta costura arquéate hacia adelante como un jorobado; posa con todo tu cuerpo, hasta los dedos de las manos y los dedos de los pies. Pero a medida que me hacía mayor, lo reduje todo a un solo truco, una acción simple y privada: piensa en alguien a quien quieras tocar y no puedas tocar, alguien prohibido. Piensa en una habitación en la que solo estáis vosotros dos: aún así, no podéis tocaros. Piensa en el calor entre dos manos a punto de tocarse, el lenguaje que existe en ese silencio. Ahora, imagina que la cámara es el rostro de la persona amada y díselo todo sin hablar. Quizá creas que es algo demasiado sutil, pero, cuando vives en tu mente, la película puede capturar el calor de tu deseo. Puedo demostrarlo.

Ahora miro las fotos y recuerdo perfectamente en quién estaba pensando aquel día. Es tan evidente. A veces el deseo me tenía despierta toda la noche, cuando lo que yo quería era todo lo contrario: soñar. Compré una aplicación de ruido blanco en mi móvil, activé el modo tormenta y cerré los ojos.

El dinero es un sueño, y eso lo hace tan real o tan irreal como todas las otras cosas de mi vida.

La lógica de los sueños parece buena para un mundo del que se ha teorizado que no es más que una simulación—un gran videojuego donde pensamos que jugamos con el mundo, pero en realidad alguien juega con nosotros. Compró cosas que no me puedo permitir; idolatro a personas que no tienen nada que ver conmigo; me niego a creer que una cosa lleva a la otra, es decir, no creo en la lógica, no todo el tiempo—no de la manera en la que este mundo gira y orbita. Siento que voy más lenta que él, que soy demasiado pobre para vivir en él; quiero dormir hasta ser otra persona.

Hacer de modelo a veces me parecía una manera de compensar todo el estatus que no tuve cuando era niña. Ahora podía ser la elegida. Cuando de adolescente hojaba las revistas, daba por hecho que todas las modelos eran ricas y famosas.

Nunca había tenido un trabajo que tuviera prestaciones de ningún tipo—seguro médico, baja por enfermedad, opciones sobre acciones. Ese tipo de trabajos siempre me parecían una trampa. Pero cuando mis amigos entraban y ya no podían salir, lo entendía. Era más seguro que mi vida errática y mis ingresos impredecibles. Pero pensaba que, si no llegaba a entrar nunca, no tendría problemas para salir.

He trabajado para suficientes millonarios como para saber que más dinero no significa más felicidad. Pero los hechos nunca eran suficientes para acabar con mis sueños. Despiértame de una pesadilla y intenta convencerme de que no es real. Intenta convencerme de que más dinero no me solucionaría la vida.

Cuando era muy pequeña y mi madre me vino a buscar a casa de una amiga rica, dije delante de las dos madres, *¡Su habitación es más grande que toda nuestra casa!*

Nunca tengo sueños fantásticos con paisajes elaborados y colores de neón. Normalmente mis sueños tienen lugar en habitaciones pequeñas y sencillas y hay muy poca acción: lo más importante es el diálogo. A veces pienso que ojalá pudiera no oírlo, a veces odio mi subconsciente por sus tendencias autodestructivas. Como el trance en el que entro cuando me sumerjo en conductas masoquistas (hurgándome la piel ante un espejo de aumento, mirando el perfil de Instagram de gente que odio): el tiempo se detiene; entro en un espacio donde nada importa excepto la acción que estoy realizando en aquel momento, en aquel lugar. No hay nada más importante que hacerme daño de esa forma tan íntima e insignificante.

Me gusta esa frase que no paraba de oír cuando se produjo el eclipse: *banda de totalidad*. No tenía gafas para el eclipse, no estaba en la ciudad ideal para ver como el cielo se oscurecía, pero vi la transmisión en directo desde mi iPad en Bryant Park. Había algo emotivo en el eclipse, incluso dentro de mi desconexión virtual—algo acerca de la perfección de un círculo negro que cubre un círculo blanco. ¿Cómo es que nacimos en el planeta correcto y en el momento oportuno? ¿Cómo es que sabemos exactamente cuándo y cómo mirar hacia arriba? ¿Cómo es que nunca nos acordamos de lo pequeños que somos

hasta que llega un evento planetario, y cómo es que esta revelación pasa tan rápido de ser un consuelo a una agresión?

En mis sueños, no hay planetas, solo cuerpos, no hay anillos de luz, solo la promesa de algo, que, ahora que lo pienso, puede que sea lo mismo.

He escuchado música que odiaba hasta que la he amado. He visto prendas de ropa horribles durante tanto tiempo que me han acabado pareciendo objetos deseables. He vivido en América tanto tiempo que el dinero me ha empezado a parecer una buena idea.

Le damos sentido al dinero de la misma manera que le damos sentido a los sueños. Según esa lógica, el dinero podría ser un sueño. ¿Qué sería si no? Siempre espero más de los sueños buenos, pero las pesadillas descienden rápido.

Yo también le doy sentido al amor. ¿Entonces el dinero podría ser amor? No, porque no perdura. Tan pronto como nos hacemos con el objeto deseado, las ganas de querer se van a otro sitio.

En 2007, lo que más quería era trabajar en American Apparel. En aquella época vivía en Tucson y llevaba un par de años trabajando en la venta al por menor. Incluso llegué a ser una de las mejores agentes de ventas en la región suroeste cuando trabajé en una tienda que vendía ropa blanca y negra para mujeres a precios desorbitados. Pagaban por horas, pero también ofrecían comisiones por las grandes ventas. Pensé que se me daría mal el trabajo, pero la clientela de mediana edad confiaba plenamente en mi criterio, y pronto empecé a pasar horas esperando fuera de los probadores. *¿Cómo le va todo por ahí dentro?* Se asomaba una mujer con una blusa ondeante que era perfecta para el crucero en el que se iba a embarcar, y al poco rato ya la había convencido para que comprara otras doce cosas que iban a juego con la blusa, y acababa gastándose mil dólares.

Pensaba que el trabajo me resultaría frívolo, pero me encantaba estar en una tienda llena de mujeres, y además la mayoría usaba la tarjeta de crédito de su marido. Pero trasladaron la tienda y pasó de estar al final de mi calle a estar en el centro comercial al otro lado de la ciudad. Odiaba trabajar en el centro comercial, con el olor de los *pretzels* que llegaba flotando desde la zona de los restaurantes, y la tienda era tan grande que nadie podía controlar quién vendía qué, así que dejé de ganar comisiones. La gente se paseaba por allí

bebiendo refrescos y preguntaban: *¿Qué pasa con tanto blanco y negro?* y supe que tenía que irme de allí.

Para la entrevista con American Apparel, me puse mi vestido negro de *spandex* de cuello alto—ese día hacía demasiado calor para llevarlo, pero era lo único que tenía de American Apparel y sabía que me quedaba bien. La mujer que me entrevistó había venido de Los Ángeles para ayudar a montar la tienda—era guapísima y competente y *cool* sin intentarlo. No recuerdo qué tipo de preguntas me hizo, pero recuerdo que todo parecían formalidades, como si las respuestas realmente no importaran. Después me preguntó si me podía sacar una foto, insistiendo excesivamente en que era solo para *acordarse de mí*, ya que estaba entrevistando a muchísima gente. Le dije que sí y posé con mi vestido, procurando no sonreír demasiado.

A la semana siguiente, me llamó para decirme que me contrataban y me pidió que fuera a la primera reunión de la tienda. Creo que los otros nuevos empleados se dieron cuenta de lo mismo que yo exactamente al mismo tiempo, pero nadie se atrevió a decirlo en voz alta: todos encajábamos en un arquetipo. Había una rubia, una pelirroja, una morena, una asiática, una mexicana, un chico medio negro con el pelo afro, un chico gay, una chica con curvas, una chica bajita, una chica que media metro noventa. Fue muy extraño que nunca nadie hablara del tema abiertamente. Estaba claro que nos habían contratado por nuestras habilidades y aptitudes, eso queríamos pensar. Cuando vino el periódico local a fotografiarnos modelando la ropa, quedó bastante claro lo que estaba ocurriendo. Pero si lo decíamos daríamos a entender que no estábamos agradecidos: los únicos que se quejaban eran aquellos a los que no habían contratado. Nosotros éramos los guapos, los *cool*, los que cobraban casi el doble que los empleados del Urban Outfitters que había al otro lado de la calle. Nos lo debíamos merecer, pensábamos.

El ambiente era muy relajado: la tienda siempre estaba llena, pero nunca teníamos prisa, y por la noche nos turnábamos para beber ron con Cola en la trastienda. Poníamos la música a un volumen insoportable para los adultos—los padres que acompañaban a sus hijas o hijos se quedaban sentados fuera hasta que era hora de pagar. Una vez cuando estaba en la caja un padre pagó 200 dólares por unos nuevos bodis de *spandex* y unos calcetines hasta los muslos para su hija mientras sonaba «Fuck the Pain Away» de Peaches. Una vez fui tan atenta que un tipo publicó un anuncio sobre mí en la sección de conexiones perdidas de Craigslist que decía, *Eras un ángel con shorts de pana verde mar.*

Bebíamos detrás de la tienda como calentando para el partido—siempre había fiesta en alguna casa. Una noche la dependienta rubia, Lindsay, y yo fuimos en bici hasta el jardín de la casa de alguien y ni siquiera llegamos entrar. Vi a mi exnovio, que había roto conmigo hacía unos meses (dijo que no me quería, luego que sí, y luego volvió a cambiar de opinión)—estaba en el jardín hablando con una chica, así que me giré y besé a Lindsay. Esto llamó la atención de dos tíos que acababan de mudarse desde Portland, o quizá se mudaron a Portland después, no lo recuerdo, pero sus personalidades se reducían a sus bicis de piñón fijo. No entendía cómo una bicicleta sin frenos podía ser una identidad, pero llevaban gorras de ciclista con la visera levantada y siempre llevaban los tejanos remangados del lado derecho para no engancharse con los platos. Tenían una pinta ridícula, pero tenían cara de actores. Y ahí estaban, y nosotras también.

Primero besé al alto mientras Lindsay besaba al bajito. Después besé al bajito mientras Lindsay besaba al alto. Después se besaron los chicos, lo cual resultó muy emocionante porque a todo el mundo le preocupaba lo de ser gay, incluso a esas alturas. Noté como mi exnovio me miraba, pensando que tal vez ya no era virgen, pero quién podía estar seguro. Íbamos por ahí besándonos los cuatro, ni siquiera estábamos sentados, estábamos de pie en un cuadrado como idiotas, y me acordé de aquella vez que mis padres nos llevaron a mi hermana y a mí al monumento de las Cuatro Esquinas, donde puedes tocar Arizona, Utah, Colorado y Nevada a la vez.

Para una fiesta de Halloween, metí *Matar un ruiseñor* en el bolsillo de un viejo abrigo de piel y dije que era Harper Lee. Mi mejor amigo gay ya se parecía a Truman Capote de por sí, y así nos adentramos en la noche. El hombre al que quería estaba allí, sin disfraz. ¿Por qué no se me habría ocurrido?

Qué maravilla ser demasiado joven como para haber aprendido la lección. Me enamoraba de cualquiera que tuviera una cicatriz en la cara.

Romantizo el desierto por toda su calma, todo su espacio vacío. Es como si allí pudiera ocurrir cualquier cosa, como si pudiera conocer a cualquier persona, como si un coyote con piel de cordero pudiera aparecer de detrás de un saguaro y me lo creería y podría ser feliz.

Una vez, me desperté en medio de la noche con la sensación de que había algo en el patio trasero pero sin oír nada. Abrí la ventana del segundo piso y escuché atentamente—nada. *Vuelve a la cama; estás soñando*, dijo mi hombre. Por la mañana, la verja del patio trasero estaba abierta y su bicicleta había desaparecido.

Años después, me desperté en medio de la noche junto a otro hombre y anuncié, *Estoy soñando contigo, incluso en este momento*. No pude esperar hasta que fuera de día para decírselo—quería que supiera que nunca dejé de soñar con él, ni siquiera cuando conseguí captar su atención tal y como yo quería. Cuando le conté todos los detalles de los sueños que había tenido, fue como si le contara una vida que ya habíamos vivido, la precuela de la novela de nuestra única noche juntos. Esa noche, había un gran cuenco de metal en las escaleras que subían hasta la puerta de su casa, y cuando le pregunté sobre él, dijo: *No sé de dónde ha salido, pero ahora quiero ver si aparece alguna cosa dentro*.

Pero incluso cuando me abrazaba, yo quería la versión de él que aparecía en mis sueños. Había algo que no acababa de encajar.

A veces hay frases que no consigo quitarme de la cabeza hasta que las escribo. Aquí va una: *Estabas en mi sueño, pero no estabas en mi vida*.

Cuando corro en una cinta, tengo que imaginar una versión futura de mí misma que ha seguido corriendo, la versión de mí que ha decidido resistir, sacrificarse, soñar con un posible resultado.

Aquellos años cuando intentaba ponerme precio a mí misma: tampoco hace tanto de eso, ¿verdad?

Me gusta adentrarme en lo desconocido de la misma forma que me gasto el dinero: con los ojos cerrados.

Con los ojos cerrados, escuché que decía, *Ya no te amo*. El hombre al que le robaron la bicicleta pero que no me creía, ahora tampoco me amaba. Oía las palabras, pero no podía acabar de asimilarlas, no podía acabar de aceptar que era yo la que estaba viviendo mi vida en aquel momento. Seguro que se lo estaba diciendo a otra persona, seguro que estaríamos juntos para siempre, como habíamos hablado. Esto era antes de que yo necesitara pasión y desenfreno y sentirme al borde de todas las emociones a la vez—

quería seguridad y belleza, y él se parecía a Bob Dylan en medio del desierto, y pensé que podía ser el amor de mi vida.

Al final solté una carcajada, como las que te salen en los momentos de crisis, solo por hacer algún ruido. Cuando ves tu vida en llamas—no se puede hacer nada más a parte de ja. Ja. Vale. Estaba haciendo esa cosa que hago de la cámara lenta. Sentía cómo retrasaba lo inevitable: mi vida con él había terminado, una nueva vida estaba a punto de comenzar. Cuando saliera por la puerta que tenía a dos metros, empezaría todo, pero no podía llegar hasta allí. Me sentí aliviada, incluso en ese momento de agonía, ahora no tendría que casarme con él, pero era una historia que me había contado a mí misma durante tanto tiempo que quería retrasar el final. Solo un minuto más.

*¿Estás bien?* me preguntó, después de no sé cuánto tiempo. *Sí*, dije, y la palabra me dio la fuerza suficiente para abrir la puerta, sacar la bici y cerrar la puerta detrás de mí. Dos años. Era libre.

Subí en bicicleta por University Boulevard hasta que me quedé sin aliento. *Sí*. Nos enamoramos y nos desenamoramos. Esa era la primera vez que me había pasado—de algún modo parecía imposible. En Tucson, cuando iba en bici sola por la noche, me sentía como la última persona de la tierra. Es una sensación maravillosa si eres un cierto tipo de persona (yo lo soy).

El dinero nos necesita, depende de nosotros para acuñarlo, distribuirlo, intercambiarlo, para que signifique algo, para que dure. Los sueños, por otro lado, no nos necesitan en absoluto. Algunas personas me han necesitado, pero a quienes yo más quería no necesitaban nada ni a nadie.

La deuda de mi tarjeta de crédito crece y crece, parece que no significa nada. Quizás la factura del mes suba a 50 dólares. Eso no es nada comparado con los miles de dólares que me gasté en vestidos negros, botas de cuero, vuelos en parapente, habitaciones de hotel—todas las cosas que me hacían feliz cuando las hacía o cuando las recibía, todas las cosas que no duraban. Pero ninguna cantidad de dinero puede comprar el amor que he sentido. Mi manera de amar era tan maravillosa que parecía que tenía que ser de otra persona. En esos momentos, solo quería lo que ya tenía. Pero luego se convertía en otra cosa.

Las marcas de mordiscos en mi hombro, su voz: *Buena suerte escondiendo eso*, y no me importaba, porque era la única prueba de que no lo había soñado todo. Él era real, su boca era real y me había marcado en un momento de éxtasis. Terminó mucho más rápido de lo que había empezado, pero cuando al día siguiente me miré al espejo, él seguía siendo un poco mío.

El espectáculo de la riqueza no funciona conmigo si me niego a mirar. Si me tapo los ojos y el corazón ¡por fin!, ¡por fin!

Me sentía desgraciada cuando era demasiado pobre para ir al médico, demasiado pobre para comprar más de una comida al día. Pero, al mismo tiempo, todo lo que compraba iba acompañado de una nueva promesa, una posible nueva versión de mí: yo con una casa limpia, ropa nueva, un cuerpo firme, un nivel respetable de salud mental. Recuerdo que compré unas cuñas de cuero de doce centímetros por 300 dólares porque me enamoré de ellas por internet.

Edité una revista de arte gratis, solo por el reconocimiento, por el currículum. Tardé unas doce horas en total repartidas en unos pocos días. Estaba contenta de hacerlo, solo para poder ver mi nombre en algo (esa necesidad tan americana). Pero entonces llegó el pago real: una invitación para la fiesta de presentación en el Hotel Bowery. Al fin, un motivo para llevar las cuñas de cuero de doce centímetros.

Cuando llegué ya me dolían los pies, pero todo el mundo estaba estupendo, suerte que me había puesto algo además de mi camiseta *oversize* de James Dean y mis *leggings* negros. Vi a un conocido que trabajaba en Acne Studios y me presentó a unas chicas que trabajaban en Opening Ceremony, pero yo ya lo sabía porque había visto sus caras en la web, posando con la ropa de la última colección.

Me dirigí al bar para probar el cóctel gratis que habían creado especialmente para el evento. Vi como Chloë Sevigny cogía uno, y luego Terry Richardson. Cuando llegué a la barra, el camarero me dijo que justo se les había acabado. Pedí un *whisky* con Coca-Cola y pagué 15 dólares y dejé un dólar de propina y intenté hacer que la bebida me durara toda la noche.

Alguien que conocí me presentó a un pintor que había salido recientemente en un *reality*. Tonteamos y me compró otra copa, y luego estaba suficientemente borracha como para gastar el poco dinero que me quedaba en una tercera. Me sentía abrumada por las grandes estrellas que había en la sala, me sentía como una impostora, así que agradecí su interés. Una hora más tarde, la fiesta decayó y decidimos volver juntos hasta el metro. Mientras caminábamos por la Tercera Avenida vimos un cartel de una vidente donde ponía: LECTURA DE CARA 5\$. Me cogió la mano y entramos.

La vidente miró mi ropa de color negro y me dijo, *Eres artista y estás muy triste*. No recuerdo qué le dijo al pintor. Fue una mala lectura, pero fue un acto extrañamente íntimo. El pintor me sonreía mientras la vidente buscaba algo que decir. Era una de esas cosas que unen para siempre. Pero en Nueva York puedes hacer amigos así, hacer algo que nunca has hecho con nadie, tener toda la intención de volver a veros y después desaparecer. A las dos de la mañana el metro de la línea L estaba abarrotado y estuvimos de pie muy cerca el uno del otro. Me dio un beso en la mejilla cuando me bajé en Lorimer Street y no lo volví a ver nunca más—ni en persona ni por la tele.

*Estabas en mi sueño, pero no estabas en mi vida.*

Durante mi primer año de universidad, muchas veces los domingos me quedaba despierta toda la noche y llegaba directamente al lunes sin dormir. No me afectaba; era como si no necesitara dormir en absoluto. Mi amiga con la cabeza medio rapada, que vivía justo enfrente, venía a mi dormitorio y hacíamos nuestros deberes juntas con todas las luces encendidas. A veces bajaba a la máquina expendedora a por un Red Bull sin azúcar, a veces me pasaba toda la noche comiendo. No recuerdo haber sentido nunca el dolor de no dormir. Solo recuerdo la alegría de estar despierta con mi amiga cuando todos los demás se habían rendido.

Creo que una parte importante de mi personalidad se debe a que pasé gran parte de mi infancia en viajes de acampada. Mis padres odiaban gastar dinero en vuelos y habitaciones de hotel, y solo querían estar al aire libre en contacto con la naturaleza, sin tener que depender de nadie más que de ellos mismos, su coche, su tienda de campaña y su estufa de gas. He dormido en colchonetas de espuma de dos centímetros sobre suelo de grava dura, así que ahora puedo dormir en cualquier lugar. He pasado días sin una ducha de verdad, así que ahora rara vez me siento sucia. He pasado días sin gastar dinero,

así que ahora veo que se puede hacer. Con un chaleco salvavidas y los pies por delante, bajaba flotando por ríos llenos de barro y nunca sabía lo que me iba a encontrar. Me ponía a aullar como un coyote en el cañón solo para ver qué ruidos podía hacer. Solía quedarme despierta hasta tarde con mi padre y sus amigos bajo la luz de la luna solo para ver quién se bebía el gusano del fondo de la botella de tequila.

A menudo tengo sueños en los que quiero despertarme, pero no puedo. Quiero estar viva, pero no puedo. Quiero dejar de gastar dinero, pero no lo hago. Quiero vivir mi vida real y no mi vida de mentira, pero sigo nadando por mi mente, viviendo de deudas y esperanzas.

¿Cómo puedo fiarme del amor si nunca puedo tocarlo realmente? Puedo tocar un cuerpo, una cara, un hombre, incluso puedo sentir los latidos de un corazón, ¿qué otra prueba de vida existe? Pero lo físico no es amor. Morados en la espalda, un cuerpo sobre mi cuerpo, una nómina, una carta de amor, todo síntomas inocentes de una enfermedad voraz. Me mato de hambre hasta que no puedo más. Amo hasta morir.

Acudo a América en busca de ideas y me quedo corta. Como mujer, se supone que tengo que estar en forma pero flaca, tengo que ser cariñosa pero seductora, inocente pero independiente, guapa, pero sin intentarlo. Se supone que a estas alturas tengo que estar casada y tener hijos y una casa. Se supone que tengo que hacer del arte un pasatiempo en lugar de una razón para vivir—eso sería lo mejor por el dinero, por la seguridad, para comprar cosas que se supone que tengo que querer.

Una vez amé tan fuerte que casi lo pierdo todo, incluso su vida, incluso la mía. Solo entonces me di cuenta: tal vez la fisicalidad del amor sea la muerte misma. Creo que me enseñaron que el amor, en su forma ideal, es como un bebé recién nacido: lleno de posibilidades, aún caliente por la intimidad térmica del vientre. Pero creo que, al final de mi vida, no veré una figura vestida con una capa de terciopelo negro ni una vorágine que me espera para arrastrarme al vacío—veré la cara del amor. Será una luz familiar, la luz que vivía tras todas esas caras que conocí tan de cerca, la luz que siempre intuía, pero nunca pude confirmar. Cuando vea la cara del amor, no tendré miedo. Veré lo que he estado buscando toda mi vida.

## *El nuevo amor*

Tu cabeza gira: ¡el nuevo amor!

Tu cabeza se vuelve; ¡el nuevo amor!

—ARTHUR RIMBAUD, «A una razón»

### *Fui a San Diego y no se lo conté a nadie*

Solo mi novio, Cody, y su amigo del Corolla sabían adónde íbamos—no teníamos ni mapas ni los teléfonos adecuados, solo una autopista que creíamos que era la buena. San Diego estaba a ocho horas de distancia, así que salimos de Tucson por la tarde y, al anochecer, nos dimos cuenta de que habíamos ido por el camino más largo. La carretera de dos carriles serpenteaba por montañas escarpadas color caqui, en la radio solo se oía la estática y nuestros teléfonos dejaron de funcionar. El sol se posaba sobre el asfalto en el que se posaban nuestros ojos mientras recorríamos las peligrosas curvas de los acantilados—un mal giro y ya veríamos. Yo estaba en el asiento trasero, y contemplaba la cabeza de Cody que estaba frente a mí en el asiento del copiloto. Veía como el aire caliente rugía al colarse por la ventana abierta y después entre su pelo y después entre el mío y pensé que eso significaba que todo lo que le ocurría a él también me ocurría a mí y eso debía significar que estábamos unidos.

El día anterior, había estado tomando notas en un anfiteatro en mi clase de Psicología 101. Mi profesora caminaba por los pasillos arriba y abajo con un micrófono manos libres como los de las estrellas del pop que se enganchaba a su oreja y flotaba justo por encima de su boca. Nos hablaba del poder de la sugestión—el fenómeno de los estudiantes que experimentan los síntomas sobre los que leen. *Por ejemplo*, dijo, haciendo referencia a un capítulo que habíamos leído la semana anterior, *en realidad no estáis deprimidos, solo creéis que lo estáis*.

También nos enseñó el término *experiencia cumbre*, sobre el que escribió el psicólogo Abraham Maslow en su libro *Hacia una psicología del ser*. Mientras recopilaba datos en 1968, Maslow hizo que un grupo de estudiantes escribiera sobre sus propias experiencias diciéndoles: *Me gustaría que pensarais en la experiencia o experiencias más maravillosas de vuestra vida: los momentos más felices, momentos de éxtasis, momentos*

*de embriaguez, quizás al estar enamorados, o al escuchar música o cuando de repente un libro o un cuadro «te sacude».* Los síntomas incluyen la pérdida de la noción del tiempo y el espacio, sentirse completo y en armonía, y una atención plena del momento presente sin la influencia de experiencias pasadas ni la anticipación de experiencias futuras. Sentada en el anfiteatro, no recordaba haberme sentido así nunca.

Cuando nuestro amigo de San Diego abrió la puerta tenía un pajarito verde posado en el hombro. Detrás de él, había un grupo de personas sentadas en el suelo, fumando cigarrillos. Vi que el pájaro se movía desde su hombro hasta el cuello de la camisa y luego desapareció bajo la tela, y nuestro amigo dijo, *Le gusta el calor de mi axila, y luego, Venga, vámonos a Coronado.* Llenamos dos coches de gente y fuimos a ver la sal que habíamos estado oliendo.

El hotel para gente rica estaba ahí plantado como si fuera un decorado mientras lo rodeábamos para llegar a la playa. Pensaba que en cualquier momento aparecería alguien vestido de uniforme y nos diría que nos fuéramos a casa o que nos calláramos, pero no. Nos dejaron tranquilos en la playa con la niebla, y a mí no me hacía falta ir a tocar el agua fría—me senté en la arena, mirando como todos corrían hacia ella.

En otras ocasiones he intentado escribir sobre Cody emergiendo de la niebla, pero siempre acabo borrándolo. Esta vez, quizá me salga bien: creo que fue su hombro lo que primero atravesó la bruma y lo hizo reconocible. Creo que amarlo durante ese año fue una de las mejores cosas que he hecho jamás. Creo que, al principio, él no era más que una silueta, como un recuerdo que ha sido evocado demasiadas veces—cada vez con una nueva historia y un final distinto—pero a medida que se acercaba, creo que las luces del hotel hacían que le brillara la cara y sentí como si lo estuviera viendo por primera vez. *Creo que estoy teniendo una experiencia cumbre,* dije, y él me preguntó, *¿Qué es eso?*

### *Fui a Los Ángeles y no se lo conté a nadie*

Las despedidas me aburrían y me daban vergüenza—no monté ningún espectáculo al mudarme, solo mandé algunas cajas y me fui a vivir con alguien de internet. Pensaba que vivir en Sunset Boulevard sería glamuroso, pero cada mañana me encontraba con una

capa nueva de hollín negro en el alféizar de la ventana. El último número de mi dirección era una fracción, mi habitación estaba pintada de verde lima y mi cama se plegaba hacia la pared como una mentira. Un día, mi compañero de cuarto compró un lobo disecado que parecía estar aullando, y cuando me topé con él por primera vez, en medio de la noche, pensé que debía estar soñando.

Mi amiga se casó en el río Los Ángeles, que resultó que no era más que un canal de hormigón a través del cual fluía un pequeño riachuelo—como un recuerdo lejano. Aquel día, el psicólogo de mi amigo hizo de cura y dijo, *Lo que pasa es que él todo lo convierte en arte*. Su esposa llevaba un vestido dorado que brillaba con la luz del día. Yo llevaba pajarita y conocí a un hombre de Nueva York que también llevaba pajarita y eso bastó para que acabáramos juntos en mi habitación verde lima aquella noche. Al volverme hacia él, vi que la luna le daba a mi cama un aire de plenitud y a aquel hombre una especie de halo.

Había intentado convertir mi vida en arte, pero no estaba segura de qué forma debía tomar. Tocaba la guitarra con los dedos medio callosos; me encontré un cabecero tirado a un lado de la calle y lo cubrí de nudos de cuerda. Alquilé un estudio para sentirme como una artista, y durante un tiempo funcionó. Colgué en la pared trozos de mis ensayos para sacarlos de mi disco duro—para verlos enteros. Me sentó bien organizarlos, tirarlos me sentó aún mejor. Estaba cada vez más cerca de salvar solo los momentos más extáticos de mi vida. Me deshacía de los recuerdos hasta que todo me servía.

*¿No es aquí donde James Dean grabó aquella escena de la pelea con cuchillos?* preguntó el hombre de la boda, y le dije, *Creo que sí*. Desde el Observatorio Griffith ya se veía toda la ciudad, pero aún así subimos al ascensor para ir un piso más arriba. Mientras hacíamos cola para el telescopio, me apretaba el brazo por segmentos, arriba y abajo, hasta que le pregunté qué estaba haciendo y me dijo, *Quiero entender este bracito*.

Cuando llegamos al principio de la cola para el telescopio, un empleado dijo que los vientos eran demasiado fuertes para poder ver Júpiter claramente, pero *miren si quieren*. Sí, queríamos. La silueta nítida del planeta apareció, y luego se desvaneció.

Mi compañero de piso me pidió si podía hacerme unas fotos en el salón. *Vale, ahora mira por la ventana*, me dijo. Y vi cómo se encendía la señal de neón de la ferretería mientras

se ponía el sol. El tráfico, terrible como siempre, emitía sus zumbidos. *Vale, ahora mírame a mí.*

Una vez le escribí un poema de cumpleaños al hombre de la niebla. Después de leérselo en voz alta, me di cuenta de que no lo entendía y tal vez ni siquiera le gustaba, pero un año más tarde, me llama, dice que lo encontró cuando se mudó y que *ahora es precioso.*

Cuando se nos mete arena en los ojos, le echamos la culpa al movimiento de la tierra; sentimos que el mundo va construyendo un sentido. El viejo amor era un prado donde los ciervos se te acercaban si te quedabas quieto el tiempo suficiente. El viejo amor era un juego de sostener la mirada en el que si parpadeabas significaba que seguías jugando. El viejo amor era una cesta de fruta que suplicaba ser pintada, y a veces la pintábamos.

### *Fui a Phoenix y no se lo conté a nadie*

No quería ver a la gente de mi ciudad; estaba cansada de hacer las mismas tres preguntas y de escuchar tres respuestas inevitables. Pensaba que podría ver solo a mi familia y ya está—vi como mi prima pequeña miraba como mi madre cosía un cuadrado de vinilo transparente en un trozo de tela roja antes de colocarlo sobre una mesa de juego. *¿Ves?* dijo mi madre, señalando. *Esto sí que es una casa.*

Mi madre siempre era muy tierna conmigo cuando me sentía deprimida—me pasaba la tarde en mi cuarto con las persianas bajadas y las luces apagadas, llorando por alguna injusticia del instituto—y ella se sentaba junto a mi cama y me preguntaba si quería hablar. Algunos días le contaba algo, otros no le contaba nada de nada. Siempre me decía que me sentiría mejor si hablaba de ello, pero no estaba segura de que ella pudiera saber eso. Me gustaba sentir la intensidad de las emociones, aunque fueran malas, y aún sigo siendo así. Si lo hablo con alguien o voy a que me dé el aire los sentimientos se disipan, y después de un rato, desaparecen por completo.

Cuando iba a tercero de primaria, la madre de mi amiga era jueza y tenía su propia sala de audiencias, así que fuimos a verla en acción con nuestro grupo de *girl scouts*. Cuando usó el mazo, queríamos gritar y vitorearla, pero sabíamos bien que debíamos guardar silencio. Cuando terminamos la líder de nuestro grupo nos llevó afuera y dijo: *¿Veis?*

*Podéis ser lo que queráis.* Pero no la estábamos mirando. Mirábamos a los hombres esposados que bajaban del autobús, haciendo contacto visual. Uno de los hombres sacó la lengua, nos apuntó con la entrepierna y embistió contra el aire de la mañana. Otro gritó, *No acabéis como yo, chicas.* Al unísono y con la cara seria: *No lo haremos.*

Cuando teníamos dieciséis años y la luna parecía llena y el amigo de mi amigo que tenía un coche deportivo se sacó el carné de conducir, condujo tan rápido que estaba segura de que íbamos a morir. El conductor estaba quieto y callado mientras iba cambiando de marcha, luego, cuando llegó a los ciento cincuenta kilómetros por hora en la autopista con límite de noventa, se puso a reír y se reía de una forma que decía que definitivamente estábamos a punto de morir—se nos iba a llevar con él. Cuanto más llena la luna, más locos nos sentíamos, más vivos queríamos estar. No sé como, pero sobrevivimos. Llegué a mi casa de la infancia con el mismo cuerpo con el que me había ido, allí me dejó el chico que quería morir, pero nunca lo hizo.

*No puedes seguir corriendo,* me dijo una vez una profesora. Pero en el nuevo amor, estoy bastante segura de que sí puedo. Me hice la foto del pasaporte con una cámara Polaroid que sacaba dos fotos simultáneamente. En una de las fotos, te miro—en la otra, no.

### *Fui a Nueva York y no se lo conté a nadie*

No les conté a mis amigos que estaba de visita, no le conté a nadie que estaba enamorada. Dormí en su habitación rojo sangre entre sábanas negras y bajo el farolillo pentagonal de cristal en el que ardía una vela. Tenía miedo de quedarme dormida en medio de un incendio—aún tenía muchas cosas por escribir. Cuanto más escribía, más sentía que mis secretos eran lo único realmente mío.

No le conté a nadie qué clase de sexo había tenido, ni siquiera al médico del centro de urgencias al que fui una semana después, cuando me di cuenta de lo que tenía. Tracto urinario, lo sabía, pero aun así tenía que hacer pis en un vaso para demostrarlo. El médico echó un vistazo y dijo, *Esto está infectado, infectado,* como si hubiera vivido dos veces.

La idea de *quitarte las ganas* de hacer algo implica que la persona es capaz de aprender de sus errores. Pero ¿y si ama sus errores más que su propia vida? Deseo y deseo—mi

forma de actuar es un intento de compensar algo. *Ya está*, digo, poniéndome pintalabios en la cara. Ahora ya sé lo que se siente.

Cumbre—la altura de Bear Mountain. Y no, ni tan solo eso—el punto más alto era en realidad una torre de observación que había encima. Después de subir cuatro tramos de escaleras, pude ver más allá de las montañas y a través del día despejado: el *skyline* de Manhattan que había dejado atrás aquella mañana.

Quiero ser un edificio que se dobla con el viento. Quiero estar diseñada de esa forma. Yo *cedo*.

Las voces más fuertes son las que más se oyen, pero ¿qué pasa con la más pequeña, que va creciendo? ¿Qué pasa con la orquídea de la ventana, que apenas recibe la luz que necesita?

### *Fui a la galería de la calle Treinta y Seis y no se lo conté a nadie*

Una artista de performance nos contrató a mí y a otras treinta personas para colaborar en su espectáculo, que aún no se había anunciado—nos dijeron que lo mantuviéramos en secreto. Nuestro entrenamiento consistía en ocho horas de ejercicios de concentración y resistencia. A la mitad del primer día, nos separamos por parejas y nos quedamos de pie unos frente a otros, a un metro de distancia. Nos quedamos quietos durante media hora, pero después de los primeros diez minutos mirando a los ojos de mi compañera, vi como su rostro se transformaba en una versión monstruosa de sí mismo. Al principio era una niña—con la cara rosada y con hoyuelos—pero luego su piel se volvió dura y gris, parecida a la de un rinoceronte blanco, y luego se puso a llorar en el papel de estraza sobre el que nos encontrábamos inmóviles. Oía como las gotas caían contra el papel y se expandían, pero no miré hacia abajo. Seguí mirándola a los ojos, tratando de ofrecerle mi fuerza, que por alguna razón me parecía inagotable. Pensé que tal vez había encontrado lo único que realmente se me daba bien: permanecer inmóvil mientras otra persona lloraba. Pocos minutos antes de que se detuviera el cronómetro, la chica se derrumbó y una vez en el suelo dejó de temblar. Pensé que tal vez aquello nos había unido para siempre, pero ese día no hablamos, y luego no la volví a ver nunca más.

Otro ejercicio consistía en sentarse y mirar una pared blanca. Para mi sorpresa, fue más difícil que el ejercicio en el que teníamos que estar de pie. Después de un rato, empecé a ver luces de colores que parpadeaban, y luego vi mi columna vertebral representada en una fina grieta de la pintura—vi hueso, articulaciones, médula, líquido, células. Vi toda mi vida en pequeños frascos, apilados unos encima de otros. Cuando oí que alguien decía, *Se acabó el tiempo*, me di cuenta de que esta vez era yo la que había estado llorando.

¿Quién podía culparme por ver solo lo que yo quería ver? ¿Quién podía acusarme de nada? Amaba todo aquello que no me amaba a mí; era la cosa más fácil del mundo. En ese entonces, creía en el cambio. Creía que los andamios eran lo mismo que la estructura. Pensé que podría construirlo.

Cuando se inauguró el espectáculo, mi trabajo consistía en vendarles los ojos a los visitantes, colocarles auriculares de cancelación del ruido y guiarlos lentamente a una habitación grande que no conocían. La idea era que la habitación generara su propia energía en función de quien estuviera dentro. La gente se quedaba quieta, paseaba por el perímetro de la habitación, se besaba, se dormía, se quedaba diez minutos, se quedaba cinco horas. A veces, intentaban salir sin querer—por una puerta abierta que había—y yo tenía que acompañarlos de vuelta a la habitación sin sobresaltarlos. En mi diario escribí, *Me pagan por ser un fantasma*.

El viejo amor era un disparo en el brazo delante de un hospital—no es que fuera ideal, pero tampoco mortal. No significaba que nuestros enemigos no existían, ni que nuestras heridas se curarían de manera diferente, ni que veríamos pasar la vida ante nuestros ojos, ni que tendríamos algún tipo de epifanía. No existía ninguna garantía, solo la posibilidad, y puede que la haya amado más que a mi vida. Pero ahora, el nuevo amor está tirado en la acera, esperando que alguien lo recoja y lo lleve dentro.

### *Fui al apartamento de Central Park y no se lo conté a nadie*

Cuando él y yo bebíamos lo suficiente, cada momento parecía una entidad propia—reconocía el pasado como algo factible, pero no me veía a mi misma como *algo acumulativo*. Con este hombre que no era mi novio, me sentía nueva, recién nacida, y nos abofeteábamos como médicos que se recuerdan que tienen que respirar. Se llevó la taza a los labios y le pregunté: *¿Intentas decirme algo?* Una mirada vidriosa, y luego a casa.

Cuando se aflojó la corbata del cuello, me ató las manos detrás de la espalda, y dijo, *Aún no he terminado contigo*, me sentí como si estuviera soñando. Y si estuviera soñando, tal vez podría despertar. Tal vez podría seguir tomando decisiones más allá de esta. Si estuviera soñando, entonces esto era solo una fase. Si estuviera soñando, entonces podría contárselo a mi novio, podríamos reírnos después. Entonces, ¿por qué me reía?

Me reía porque nadie sabía dónde estaba, lo que significaba que era libre. Nunca me había sentido así.

Limpia como la prueba de un crimen, hermética como un jurado, me gustaría ser un documento judicial—disponible a petición. Me verteré en cajas, seré puesta en libertad. Algún día.

Te llamaré por tu nombre completo y a menudo, como en las películas. Oirás la forma de mi boca reclamándote, señalándote por fin, te gustará. Nos encontraremos en la barra y me tocarás el pelo y me llevaré a casa todas tus palabras. ¿No sabes que no te puedes fiar de una escritora? Verá un cigarrillo y dirá que es un incendio. Cogerá una sugerencia y la convertirá en la escena de un crimen. Se envolverá en cinta policial. Te convertirá en uno de sus personajes.

Nadie puede hacer que me enfrente a mí misma, nadie puede obligarme a confesar. Es muy fácil ver cual es la buena elección, pero muy difícil elegir sabiamente cuando siento que mi vida podría durar para siempre. Esta noche soy otra persona, me abandono como recompensa a mi trabajo. Vi a un hombre surgir de la niebla como si naciera de ella, y pensé, *Esto es una experiencia cumbre*, porque sabía que estaba a punto de acabarse.

El viejo amor eran ventanas rotas con tartas de manzana enfriándose en el alféizar. El viejo amor era una isla desierta con arena blanca que se elevaba como humo mientras yo saludaba al avión de rescate. El viejo amor era un teatro con el año de su construcción tallado en piedra sobre la entrada. *No se pueden hacer fotos del escenario*, advirtió el acomodador, y la mujer de la segunda fila dijo: *¿Me estoy haciendo una foto?* Lo dijo así, con una interrogación al final, un quizás. El nuevo amor es mitad humano, mitad escenario—actuamos hasta que nos sale bien. El nuevo amor es una incisión donde nadie puede verla, una cama que se dobla sobre sí misma. El nuevo amor es un archivo descuidado, déjalo por ahí en algún sitio y date prisa, ¿quieres?

## 6. Bibliografía

Crum, M. (8 de junio de 2018). What is a woman's body worth in America?. *The Washington Post*. [https://www.washingtonpost.com/entertainment/books/what-is-a-womans-body-worth-in-america/2018/06/08/3b3a7162-6a8a-11e8-bf8c-f9ed2e672adf\\_story.html](https://www.washingtonpost.com/entertainment/books/what-is-a-womans-body-worth-in-america/2018/06/08/3b3a7162-6a8a-11e8-bf8c-f9ed2e672adf_story.html)

Fiorentino, R. (junio de 2017). *El gerundio en español y la forma -ing en inglés: sus valores de nexo y consecuencia como recursos de cohesión textual* [Archivo PDF]. Onomázein. [http://onomazein.letras.uc.cl/Articulos/N36/36\\_4-Fiorentino.pdf](http://onomazein.letras.uc.cl/Articulos/N36/36_4-Fiorentino.pdf)

Immerwahr, D. (4 de julio de 2019). When did the US start calling itself 'America,' anyway?. *Mother Jones*. <https://www.motherjones.com/politics/2019/07/when-did-the-united-states-start-calling-itself-america-anyway/>

Morales, F. (4 de agosto de 2011). *Los usos del gerundio* [Archivo PDF]. Traducción y Letras Inglesas, UNAM. <https://trad1y2ffyl.files.wordpress.com/2010/01/gramatica-los-usos-del-gerundio.pdf>

Muñoz, P. (14 de noviembre de 2007). Convertir o no convertir unidades, he ahí la cuestión. *Algo más que traducir*. <https://algotrasladucir.com/convertir-o-no-convertir-unidades-he-ahi-la-cuestion/>.

Serrano, R. (11 de septiembre de 2020). Traducción automática y literatura: ¿Enemigas íntimas?. *Vasos Comunicantes*. <https://vasoscomunicantes.ace-traductores.org/2020/09/11/traduccion-automatica-y-literatura-enemigas-intimas/>.

Siemsen, Thora. (4 de septiembre de 2018). On writing alone and with the help of friends. *The Creative Independent*. <https://thecreativeindependent.com/people/writer-chelsea-hodson-on-writing-alone-and-with-the-help-of-friends/>

Surià, S. (2 de diciembre de 2013). Traducir para editoriales. *La luna de Babel*. <https://enlalunadebabel.com/2013/12/02/traducir-para-editoriales/>.

Tarifas de traducción literaria. (3 de marzo de 2021). *El placer de la lectura*.

<https://elplacerdelalectura.com/2021/03/tarifas-de-traduccion-literaria.html#:~:text=que%20se%20solicite.->

[.En%20t%C3%A9rminos%20generales%2C%20para%20establecer%20un%20presupuesto%20hay%20que%20tener,15%20euros%20por%20p%C3%A1gina%20traducida.](https://elplacerdelalectura.com/2021/03/tarifas-de-traduccion-literaria.html#:~:text=que%20se%20solicite.-)